

# Viaje para viejos

Pedro Martínez Rayón

## 1. EL JEFE DE EXPEDICIÓN

“Y usted, Pablo, deberá ser consciente en todo momento de que lo que confiamos a su cuidado es, dejémonos de eufemismos, un grupo de personas más aptas para el arrastre que para otra cosa”.

“Eso de la tercera edad es un término muy apropiado para las estadísticas, pero todos sabemos qué son las estadísticas. La cruel realidad es que se hace usted cargo de cuarenta seres ignorantes de que este viaje seguramente se convertirá en su último paseo antes de ir al desguace”.

“Mejor será, Pablo, que acepte usted lo innegable y ándese con cien ojos. No les consienta cometer excesos de ninguna clase. Cuídelos como si fueran sus hijos. Y, mucho ojo, no se le vaya a perder alguno.”

Ahora, cuando estaba acodado en la barandilla de la amplia terraza de la habitación 350 del hotel que, durante quince días, había sido cuartel general del grupo de jubilados de ambos sexos en su estancia en Palma de Mallorca, aquella conversación parecía formar parte de un mundo irreal, del reino de lo imposible.

La belleza del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos -el sol ocultándose lentamente tras el horizonte marino- no lograba apartar de su mente las palabras del responsable superior de la entidad organizadora del viaje para viejos que tanto le había preocupado antes de su iniciación.

Tres días antes de la fecha de salida comenzó a sentirse asustado ante lo comprometido de su situación. Por las noches, el sueño se negaba a acudir y se veía obligado a escuchar las campanadas del reloj que, para su mente ofuscada, encerraban un eco fúnebre que no presagiaba nada bueno.

¿Por qué se habría metido en este berenjenal?, se preguntaba repasando mentalmente todo el catálogo de desgracias que podrían presentarse en un viaje tan largo como aquél.

El desplazamiento ya era, de por sí, demasiado extenso. De una tirada, Oviedo-Barcelona, parando únicamente para comer en Alfaro, en La Rioja. Luego, el mismo día, Barcelona-Palma. Primero en autobús y luego la travesía en barco.

¿Cuántos llegarían ilesos a su destino, el hotel de C´an Pastilla? Puede que tuvie-

sen que ir deteniéndose por el camino para proceder al entierro de las bajas. Y si los fallecimientos se producen en el mar, ¿qué?

Pablo se figuraba en cubierta, luciendo una corbata que un camarero tendría que prestarle -pues él no llevaría ninguna en su equipaje- acompañado de la oficialidad y de aquellos expedicionarios confiados a su cuidado aún con vida, presidiendo el penoso acto de arrojar al agua los restos mortales del jubilado extinto.

Horrorizado veía, sobre una tabla apoyada en la obra muerta del barco -vaya léxico que se utiliza en la marina- el bulto inmóvil envuelto en una lona y lastrado con una pesada cadena para evitar que aquel ser, que jamás volvería a percibir su pensión, sintiera tentaciones de abandonar las profundidades del mar a las que estaba a punto de estar consignado.

Escuchaba con recogimiento las palabras que el capitán, con la gorra de plato elegantemente colocada bajo el brazo izquierdo y una Biblia abierta en la mano derecha, pronunciaría instantes antes de que se percibiese el chapoteo producido en el agua al recibir el cuerpo de aquel desgraciado miembro de la tercera edad a quien la mala suerte había negado el dudoso beneficio de reposar en el camposanto de su pueblo.

El jefe de expedición contemplaba, con la percepción mental que el insomnio presta a quienes ataca, la cabizbaja procesión formada por el resto de los excursionistas apenados por el acto de que acababan de ser testigos pero con evidentes indicios de sentirse muy aliviados por no haber sido ellos los protagonistas.

Por su mente calenturienta desfilaba la amenazadora serie de desastres que podían sobrevenir al desvalido cuerpo expedicionario. El autobús podía salirse de la carretera y rodar por un barranco, chocar con otro vehículo o estrellarse contra un árbol, incendiarse o equivocarse el camino yendo a parar a un lugar lejos de su punto de destino. Y si llegaban sin novedad a Barcelona, a tiempo para tomar el barco, ¿estaría el mar tranquilo o se topaban con una marejada de fondo de las que, de vez en cuando, convierten el Mediterráneo en una caldera hirviente?

¿Serían suficientes las seis cajas de Biodramina, tamaño familiar, que había tenido

conducirles a la Estación Marítima de Palma, desde donde iniciarían el regreso, sentía unos incontenibles deseos de reír a carcajadas.

¡Con que los excursionistas estaban para el arrastre y eran sólo dignos del más in-noble desguace!

Pues sí que estabas bien informado, pensó, sin pizca de respeto hacia su jefe superior.

Debería haber estado en su compañía cuando, de recepción, vinieron a avisarle de que uno de los componentes del grupo a su cuidado había sido sacado de la piscina cuando se encontraba a punto de ahogarse.

Recordaba cómo, con una descortesía vergonzosa, había interrumpido la conversación que mantenía con el director de una agencia de viajes empeñado en conseguir la presencia de sus patrocinados en la cena espectáculo “Es Fogueró”, y salió a la carrera en dirección a la piscina climatizada del hotel.

No olvidaría la impresión recibida cuando ya antes de llegar al amplio recinto rodeado de cristales vio a través de éstos la figura postrada de Samuel. A su lado, en pie, un joven alto, rubio y fuerte, con ademanes tranquilos y pausados de sus brazos, trataba de mantener alejados a los pocos testigos del drama. Arrodillado prácticamente sobre el rescatado del agua, otro bañista le hacía la respiración artificial por el sistema boca a boca.

Tras unos momentos de actividad en los que el tiempo parecía haberse detenido, Samuel estornudó débilmente como pidiendo permiso para reintegrarse al mundo de los vivos.

El arrodillado se levantó y, después de propinar un par de palmadas afectuosas en el hombre del caído, dijo dirigiéndose al mantenedor del orden:

“Es klappt alles jetzt. Gehen wir”. (Es decir: “Ahora no hay problema. Vámonos”).

Samuel, que ofrecía un aspecto lamentable, se puso en pie. Estaba pálido como un muerto y su escaso pelo, cortado de forma que peinado meticulosamente podía semiocultar el cráneo, le caía sobre los ojos. Se encontraba en calzoncillos.

Aquella prenda, que, a causa del remojón, no conseguía disimular lo que se ocultaba debajo, era una pieza de museo y bastaba, por sí sola, para proclamar las ideas ultra-conservadoras de su propietario.

Poniéndole por encima de los hombros el albornoz que un alma caritativa les prestó, le acompañó a su habitación y, después de asegurarse de que el rescatado no necesitaba nada -ni siquiera la visita de un médico- le dejó que se aseara para bajar al comedor.

Más tarde, Samuel, con palabra reposada, le contó lo sucedido. El, que nunca se había bañado en una piscina, desconocía el traidor talud de que estaban dotadas y no sabía nadar, andaba curioseando y contemplaba atentamente los chapoteos de los escasos bañistas que en aquellos momentos se encontraban a remojo cuando, asustado, pudo ver que una chiquilla perdía el flotador de colorines y desaparecía bajo el agua.

No lo dudó un segundo. Rápidamente, se despojó de camisa y pantalones, zambulléndose en el líquido elemento. Al hacerlo, cayó de barriga y recibió un tremendo batacazo que le cortó el resuello. Inmediatamente, también él se fue al fondo.

Dos alemanes, los que enseguida le sacarían, habían observado la acción y, afortunadamente, supusieron que el estilo del improvisado salvavidas no vaticinaba nada bueno. Acertaron plenamente. A no ser por su rápida intervención, Samuel hubiera perecido víctima de su poco razonable generosidad.

Al día siguiente se supo que la chiquita cuyo rescate casi cuesta la vida al valiente Samuel era campeona de 1500 metros braza por la Federación de Baleares, había batido recientemente el récord nacional y estaba seleccionada para acudir a la próxima Olimpiada.

Todo esto, naturalmente, no rebajaba lo más mínimo la arrojada acción. Cuando la campeona, agradecida ante el gesto del desconocido le ofreció enseñarle a nadar allí mismo, en el escenario de su gesta, Samuel declinó prestamente la oferta y añadió que, a partir de aquel momento, sus contactos con el agua se realizarían con una esponja de por medio.

Pablo, poco a poco, fue conociendo las circunstancias personales de tan original individuo. Era natural de un pueblo diminuto situado entre Cangas de Narcea y Tineo. En el dilatado tiempo de setenta y cuatro años, su edad, sólo había salido tres veces de su rincón natal.

La primera, para ir al África cuando hizo el servicio militar. Resultaba curioso escuchar aquellos nombres en sus labios, Larache, Tetuán, Melilla y otros que aún recordaba pronunciándolos con fruición como si masticara algo con sabor especial y agradabilí-

simo aún no olvidado.

La segunda vez, para realizar un viaje en autobús que le llevó a lugares muy lejanos. Ante sus ojos pasaban nuevamente, en terrible mezcolanza, Francia, Italia, la Costa Azul, Grecia. El viaje había sido tan rápido que, confuso ante tanta novedad, ciudades, paisajes e idiomas distintos, no sabía muy bien si los canales de Venecia se encontraban en Italia o en Grecia.

La tercera salida, la última por ahora, como decía sonriendo, era el viaje a Mallorca. Era la que más le agradaba porque las cosas se hacían con más calma. Lo estaba pasando muy bien y todo el mundo era enormemente amable. Hasta aquellos alemanes que no le conocían de nada se habían portado formidablemente con él. Se hicieron muy amigos y, más que nada por señas, sostenían largas “conversaciones” durante las cuales bebían innumerables jarras de cerveza y se propinaban fuertes palmadas en la espalda.

El no precisaba hablar mucho. Su vida solitaria en el monte, cuidando vacas y cabras, le habían preparado para una existencia en que las palabras ocupaban escaso lugar. La acción era lo que contaba. A pesar de todo, estaba satisfechísimo con la gente del grupo. Se había convertido en un personaje popular entre los residentes del hotel e incluso ingleses, italianos y franceses que se encontraban en mayoría, lo saludaban con afecto.

“Y todo por una metedura de pata”, decía Samuel meneando la cabeza. “¡Anda, que si la llevo a sacar!”, añadía con una mueca burlona en los labios.

Luego, poniendo cara de extrañeza, observaba: “¡Si hasta los camareros en el comedor están empeñados en hacerme comer dos postres!”.

La mayor parte de quienes acompañaban a Pablo en aquel viaje eran personajes dignos de un novelista. Debido a que, con una sola excepción, todos rebasaban los sesenta años y en tanto tiempo es difícil no contar con un cúmulo de experiencias, oírles hablar constituía una verdadera delicia.

Había un hombre, viudo, de unas setenta primaveras, alto, de pelo abundante y blanquísimo, procedente de Luarca, siempre tomavistas en ristre, cuya conversación resultaba amenísima.

En su juventud residió en Cuba. Conocía la isla palmo a palmo y contaba con una colección muy amplia de anécdotas, canciones y romances de aquella época. Había vuelto a La Habana hacía un par de años y sus vívidas comparaciones entre la vida de antaño

y la actual no tenían desperdicio.

A lo largo de su dilatada existencia viajó a Japón, Rusia, Venezuela, Méjico; conocía perfectamente casi toda Europa y estaba dotado de una memoria prodigiosa.

Sentarse en un cómodo sillón a escuchar a Silverio era mejor que leer un libro de aventuras y, si bien, inicialmente, causaba la impresión de ser una persona parca en palabras y poco sociable, pronto comprendió todo el mundo que no había tal cosa.

El fue quien sugirió y puso en práctica el procedimiento que les permitió bajar de los pisos tercero y cuarto, en los que se encontraban las habitaciones ocupadas por el grupo, más de sesenta maletas, un montón de cajas de ensaimadas y otros recuerdos destinados a la península.

La operación se realizó en diez minutos y únicamente precisó la colaboración de tres hombres en cada piso.

Silverio confesó momentos más tarde, cuando se trasladaban a Palma en autobús, que dos o tres veces estuvo a punto de quedar colgado en el ascensor que descendía dando saltitos seguramente como protesta ante el excesivo peso que, en cada viaje, se veía obligado a transportar.

Pablo tampoco olvidaría fácilmente a Serafín y Otilia, matrimonio residente en Avilés, cuya afición a las cosas del campo les había animado a adquirir un terreno cerca de la playa de Santa María del Mar. Allí instalaron una casita prefabricada en el que pasaban largas temporadas, ella dedicada a las plantas y flores, él a la huerta, cuidada primorosamente, que producía hermosas lechugas, patatas, tomates, pimientos y unas alcachofas dignas de la mesa de un cardenal.

Cuando el grupo visitó las Cuevas del Drach, coincidieron con cientos de turistas extranjeros y nacionales que penetraban un tanto sobrecogidos en el gran recinto fantasmagórico. La iluminación indirecta colocada sabiamente para conseguir juegos de luz y sombra ponía de relieve mil formas caprichosas que imitaban castillos, bosques, siluetas humanas y de fantásticos animales.

Llegados a la enorme explanada ante el lago subterráneo en la que una extraordinaria cantidad de bancos dispuestos en ordenadas filas esperaban a quienes iban a asistir al concierto con música de Chopin, las luces comenzaron a parpadear y, por los micrófonos, se escuchó en varios idiomas la petición de que el público tomara asiento, guardara

silencio y se abstuviera de tomar fotografías.

Otilia, mujer sumamente disciplinada, obedeció la primera orden tan precipitadamente que resbaló sobre la superficie escurridiza del banco y cayó hacia atrás. Este hecho impidió cumplimentar los otros dos consejos pues ya cuando iba por el aire expresó su descontento con la frase emitida a toda potencia: “Caray con el asiento éste”, que resonó en la gigantesca estancia como si hubiese utilizada un megáfono.

En cuanto a lo de “no tomar fotografías” fue involuntariamente olvidado pero no se le tomó en cuenta ya que nada pudo hacer por evitar lo sucedido.

La mañana en que la firma de alta costura organizó un pase especial de modelos para el grupo, amaneció nublada. Luego, a medida que transcurría el tiempo, las nubes fueron desapareciendo y lucía un hermoso sol cuando, a las diez., pasaron por la dársena donde dos submarinos franceses hacían maniobra; uno atracaba y el otro se hacía a la mar; allí, tuvieron la oportunidad de contemplar a los marinos galos que, en traje de faena, en el que no faltaba el tradicional y ridículo gorro con pompón, se dedicaban a sus tareas.

La sala de exhibición, instalada con gusto exquisito, sirvió, como ocurre siempre en estos casos, para que media docena de jovencitas monísimas favorecidas por la suerte con tipos que oscilaban entre los de las sílfides y las sirenas sin cola pero con admirables miembros inferiores, despertaran la envidia de las señoras metiditas en carnes y en años que, más tarde, ya en las salas de prueba, no eran capaces de encontrar explicación válida al hecho de que los mismos modelos no les quedaran igualmente bien a ellas. ¡Aquello era increíble!.

Otilia probó un abrigo de piel de foca, que no había sido pasado en el desfile, y le quedaba imponente.

“Cómpralo, Otilia”, dijo Serafín tan pronto como la vio.

“Es muy caro; carísimo”, respondió Otilia con una expresión mezcla de pena y alegría.

“Lo mismo da. Te lo regalo yo”.

“Serafín, eres un ángel”.

“¿En qué quedamos? ¿Soy un ángel o un serafín?”.

“Las dos cosas, chato”, concluyó Otilia muy lejos del batacazo de las Cuevas del



Drach.

Y cómo olvidar a Hernando y su esposa Zeni. Ellos, como Pablo, habían viajado mucho y esto era algo que les unía. Durante varios años residieron en Francia, Alemania y Bélgica, donde reunieron algún dinero. Más tarde, de vuelta en España, se afincaron en Torremolinos y tomaron el traspaso de un comercio de calzado.

Pasados cuatro años, hartos de soportar clientes exigentes y, especialmente, señoras que luego de hacerse mostrar todas las existencias se iban sin adquirir ni unos cordones, abandonaron aquello y volvieron a Gijón, que les tiraba mucho.

Últimamente, daban largos paseos por el Muro aspirando profundamente el aire yodado y recordando con cierta nostalgia lejanos paisajes y gentes distintas.

Pablo observó el reloj y comprobó con sorpresa que casi eran las diez de la noche y muy pronto vendrían a buscarles para llevarles a la Estación Marítima de Palma.

Suspendería la sesión ahora, pero aquella noche en el barco y mañana, en el largo viaje hasta Oviedo, seguiría contemplando en el recuerdo aquellas personas que durante una quincena habían sido su mundo y su familia.

## 2. UN SOPLO DE AIRE FRESCO

Paco se notaba sofocado. Ignoraba si como consecuencia de las numerosas copas que, en compañía de sus inseparables Juan y Ramón, había trasegado o, simplemente, por su falta de costumbre de verse encerrado en espacios tan reducidos como el camarote en que hacía la corta travesía Barcelona-Palma.

Sabía que sólo se trataba de unas horas. Al día siguiente, alrededor de las ocho de la mañana, el barco estaría entrando en la bahía. El folleto a colores, leído varias veces con detenimiento hasta casi conocer su contenido como lección bien aprendida, era explícito. No obstante, el mar no era su elemento. Tenía que confesar cierto nerviosismo. Lo suyo era el río.

Aún no habían hablado de acostarse aunque las literas, con los embozos doblados hacia abajo, formulaban su muda invitación para ser ocupadas. Los tres parecían remisos a retirarse de la circulación a pesar de hallarse en pie desde muchas horas antes.

Sin excesiva confianza en que sus palabras consiguieran el resultado apetecido, Paco dejó caer la propuesta de subir a cubierta para desentumecer las piernas y, sobre todo, para respirar un poco de aire fresco.

La sugerencia fue acogida con evidente satisfacción por sus camaradas de cabina, cosa que le hizo concebir la sospecha de que también ellos experimentaban idénticas sensaciones.

Sin embargo, transcurrió más de un cuarto de hora antes de que pudieran hacer realidad sus deseos. Anduvieron perdidos por pasillos y escaleras sin fijarse en los iluminados letreros que indicaban el camino hacia cubierta.

En un momento determinado, Ramón comentó con desaliento: “Y luego decimos que Oviedo está mal de señalización”.

Finalmente, encontraron una salida a la cubierta de proa. No eran los únicos que habían tenido la misma idea antes de entregarse al sueño. Paseando lentamente o apoyados de codos en la barandilla, podían verse varios pasajeros. Uno de ellos hablaba con alguien que, a juzgar por los galones en la gorra de plato y las bocamangas, debía ser oficial de la tripulación.

Reinaba una temperatura agradabilísima y la suave brisa que soplaba intermiten-

temente arrastraba un vigorizante olor a yodo. La luna iluminaba claramente la escena y arrancaba destellos de las aguas casi inmóviles.

Podía pensarse que nadie se atreviese a hablar en voz alta por temor a romper un silencio que, únicamente, el monótono zumbido del motor del barco intentaba combatir.

¡Qué diferencia con los momentos de confusión y alboroto producidos al embarcar!. Aunque todo estaba previsto y tanto el personal de la agencia de viajes como el perteneciente a la compañía naviera contaba con abundante experiencia, cosa que había que admitir, puede que por ponerse a tono con el medio marino, hubo ciertos instantes comparables sólo a un abordaje realizado con toda verosimilitud por los viajeros deseosos de tomar al asalto sus camarotes.

La única diferencia radicaba en que este vergonzoso acto de piratería -hecho execrable siempre que sea practicado por individuos no británicos- tenía lugar en el punto de ataque del propio barco y no en alta mar, como dispusieron en su día el ilustre Sir Francis Drake y otros no menos preclaros y conocidos bucaneros.

Es cierto que entre los asaltantes no se veían garfios, patas de palo o negros parches de tela, pero también es verdad que su falta se vio compensada con creces por la osada acometida de algunas señoras que, con empuje arrollador y sin temor a nada, dejaban atrás esposos y equipaje en pos de los camarotes más de su gusto.

Los que, como Paco, Juan y Ramón, conocían el folleto informativo no tomaron parte en la embestida. Esperaron pacientemente a que la turbamulta fuese desalojada. Los impacientes invasores descendieron nuevamente la pasarela. Traían las caras de circunstancias propias de quienes eran conscientes de haberse puesto en ridículo.

Pero aquellos momentos de apuro habían sido olvidados y constituían una referencia para ser recordada cuando, ya de vuelta en sus hogares, relataran con pelos y señales sus experiencias. Naturalmente, ellos, los que contaban el asalto, no habían tomado parte en él. Se limitaron a contemplarlo con una sardónica mueca en los labios.

Ahora, de buen humor y con sonrisa fácil, se acercaron a la borda en la que se acomodaron dispuestos a fumar el último pitillo de la jornada teniendo como testigos el plácido mar, la luna y las estrellas que simulaban hacerles burlones guiños.

Juan, el elemento pesimista del amistoso trío, precavidamente, recomendó a Paco que no se inclinase tanto hacia afuera, añadiendo que un repentino bandazo del ferry po-

día arrojarle al agua.

Paco, juguetonamente, y más que nada por mantener en vilo a sus compañeros, volvió a asomarse avanzando peligrosamente la cabeza. En el mismo momento uno de sus pies resbaló en el pulido piso. Ramón intentó impedir la zambullida con el único resultado práctico de contribuir a que aquélla fuera más rápida.

La petición de auxilio de Paco, el chapuzón de éste y el tradicional grito de “hombre al agua” proferido por el oficial presente en cubierta, sonaron casi al unísono.

Inmediatamente, el ruido del motor cambió de tono, el barco comenzó a navegar marcha atrás y, poco después, al alcanzar la posición en que se encontraba cuando se produjo el involuntario abandono del buque por parte del miembro más joven del trío, inició una serie de viradas en redondo con la esperanza de recuperar al náufrago.

Dos lanchas neumáticas con motor fuera-borda fueron botadas en un tiempo récord y en la superestructura se encendieron potentes reflectores móviles cuya cegadora luz recorría incesantemente la superficie de las aguas sin resultado alguno. De Paco, ni rastro. ¿Habría tenido la desgracia de golpearse la cabeza en el casco hundiéndose a continuación? Víctima de un rechazo inevitable, ¿habría sucumbido al ingerir un elemento que normalmente no figuraba en su dieta?.

Nada de eso. Paco era uno de esos seres afortunados que habían salido indemnes de peores trances y al volver a la superficie, tras el inesperado remojón, extendió los brazos por encima de la cabeza y tropezó con una cuerda que el destino, siempre tolerante con los inconscientes, había colocado allí para él.

Como es habitual en casos parecidos, no tuvo escrúpulos de conciencia. No se detuvo para preguntarse quién sería el propietario de tan providencial asidero y, con las fuerzas hercúleas que la desesperación presta sin exigir a cambio garantías ni intereses, se abrazó a él. Fue un ejemplo claro de amor a primera vista.

Pronto sus brazos iniciaron una tímida protesta, pero Paco estaba dispuesto a permanecer colgado en aquella incómoda posición hasta el fin de los siglos. Había eliminado la posibilidad de deslizarse al agua al recordar y poner en práctica -a costa de grandes esfuerzos y circenses contorsiones- el antiguo sistema utilizado para efectuar rappel.

El truco consiste en hacer pasar hacia atrás la cuerda que desciende de lo alto y ante el cuerpo del alpinista por debajo de la pierna derecha, aproximadamente a nivel del

glúteo, cruzarla por la espalda en dirección al hombro izquierdo y echarla hacia abajo, nuevamente por delante del torso. Soltando o sujetando los dos cabos de la cuerda se desciende o se detiene la bajada.

De pronto Paco, suspendido precariamente a unos cuarenta centímetros de la superficie del mar, tuvo una visión estremecedora. A su mente turbada acudieron escenas de la película *Tiburón*. De nada sirvieron sus tentativas de razonar acerca de la remotísima posibilidad de que rondaran marrajos en aquellas aguas.

Los juegos de luz y sombra que el mismo barco producía en su lento avance, se convertían a sus espantados ojos en amenazadoras aletas triangulares que cortaban velozmente el líquido elemento con el nefasto designio de aproximar al propietario de los puntiagudos dientes a su indefensa presa, tan inerme como un jamón colgado del techo en una sala de curado.

Pues no; el hijo de su madre, se dijo Paco, no asistiría pasivamente a su propio sacrificio. Moriría, sí, pero no sin antes oponer la más encarnizada resistencia. No tenía madera de mártir. ¿De qué era su madera?. Se sentía excesivamente confuso para recordar la clase de madera que tenía.

Entre las brumas de su desordenado cerebro comenzó a tomar cuerpo el germen de una idea. Sí, el rappel se utilizaba para realizar descensos pero, ¿por qué no había de servir también para lo contrario?. Sobremanera en situaciones tan especiales como aquella. Todo consistiría en ejecutar los mismos movimientos en orden inverso. Además, ¿qué podía perder?. Y la burocracia, ¿qué?, se le ocurrió de pronto. ¿Qué ocurriría si el presidente de la Federación Nacional de Montañismo se llegaba a enterar del sacrilegio que estaba a punto de cometer?.

Sería capaz de dimitir ante semejante desprecio a las normas del reglamento y olvido de los estatutos.

“Bueno, pues que dimita; a mí me la trae floja”, musitó entre dientes.

No lo pensó más. Dándose ánimos, descansando de cuando en cuando, apoyando ambos pies en el casco del ferry y el resto del cuerpo formando ángulo recto con las extremidades inferiores, asió la cuerda descendente lo más alto que pudo y haciendo tracción, a pulso, fue ascendiendo, haciendo escurrir cada pocos centímetros el extremo que surgía sobre su hombro izquierdo.

Era una tarea extenuante que le obligaba a detenerse con excesiva frecuencia. Pero la certeza de que, salvo catástrofe, no volvería a parar al agua y de que los tiburones se quedarían en ayunas, le conferían una fuerza y un ánimo extraordinarios.

Dificultad complementaria la constituía la maldita oscuridad. El casco del barco se encargaba de ocultar la luna que ahora brillaría iluminando la otra borda.

Trepaba como una chorreante araña tentando cuidadosamente con los pies el lugar en que se iba a apoyar en cada movimiento de ascenso.

Repentinamente, sin previo aviso, su pie derecho -calculadamente separado del izquierdo para obtener mejor balance- no encontró sustento y se introdujo en el vacío. La sorpresa estuvo a punto de hacerle caer hacia atrás. Sacando fuerzas de flaqueza, se agarró desesperadamente a los dos cabos de la cuerda y con la pierna desaparecida exploró cauta y lentamente el desconocido lugar donde se había colado.

Tras un breve examen se dio cuenta de que se trataba de un agujero redondo, de bordes pulimentados y suaves que no cortaban ni le hacían el menor daño. Semejante a una circunferencia perfecta, estaba forrada de alguna sustancia blanda y elástica; quizá goma.

¿Cómo no lo había comprendido antes? Tenía que ser, era, sin duda, el ventanuco de un camarote. La fortuna condujo sus dificultosos pasos hacia lo que en términos marinos se denominaba un ojo de buey.

¡Estaba salvado! Ahora, doblando la pierna por la rodilla y colocando su parte inferior y el pie contra la pared interior de la cabina no habría huracán que lograra desalojarle de allí. Despreciaría olímpicamente a quien osara tratarle de lapa humana.

Cuando procedió a poner en práctica esta última idea, sucedieron tres cosas. Primero se escuchó el fortísimo ruido producido por el tacón del zapato al golpear contra la pared. Después, otro sonido más apagado, pero fácilmente audible y, casi simultáneamente, un terrorífico grito que parecía no terminar nunca.

Fuera, colgando de la cuerda salvadora, Paco sintió que los pelos se le ponían de punta. Aquel aullido no parecía provenir de garganta humana y tuvo la virtud de sembrar la duda en el agotado escalador. ¿Sería preferible perecer entre los sanguinarios tiburones o correr el riesgo de enfrentarse con un ser capaz de emitir tan estremecedor gemido?

Instantes después, se encendió una luz en el camarote y otro grito, por extraño que

podiera parecer más escalofriante y duradero que el anterior, vino a sumir a Paco, una vez más, en un abyecto estado de pánico.

Por suerte, cuando se extinguieron los ecos del espantoso lamento, llegaron a sus oídos unas palabras que le tranquilizaron. No estaba, gracias a Dios, en el barco del holandés errante o en un buque fantasma.

Una voz serena, con fuerte acento gallego, preguntaba calmosamente: “Y luego; ¿qué te pasa, Flora? ¿Por qué enciendes la luz?”.

La respuesta, que inequívocamente sugería el origen galaico de la mujer que la profería, fue inmediata. En su tono se advertía la amenaza de un inminente ataque de nervios: “Alvariño, ¿Estás sordo o qué? ¿No has oído dos golpes aquí dentro?”.

Y, sin dar tiempo a que el adormilado Álvaro contestase, la asustada Flora, que había saltado de la litera y, en camisón, con los escasos y teñidos cabellos recogidos en rulos componía un poco atractivo cuadro, articuló el tercer alarido de la noche, mientras señalaba con dedo tembloroso el extraño objeto caído en medio de la cabina.

Tapándose los ojos con las manos, incapaz de resistir el repugnante aspecto que ofrecía aquello, Flora gritó: “Haz algo Álvaro; no te quedes ahí. Alguien ha entrado a robar y ha perdido un trozo de pierna. ¡Qué asco!”.

Álvaro, aún tumbado en la cama, no podía ver lo que Flora le señalaba y se limitó a decir: “No digas barbaridades, pobriña. Tuviste una pesadilla”. Pero, ante la insistencia de su esposa y deseando terminar cuanto antes con el problema que le impedía dormir como anhelaba, se levantó apresuradamente aproximándose a lo que Flora indicaba.

Inclinándose tomó en sus manos lo que efectivamente resultó ser un trozo de pierna -de madera- con pie, calcetín y zapato.

En aquel momento, Paco se jugó una vez más el tipo realizando una nueva contorsión, logró aproximar la cabeza al ojo de buey y con voz temblorosa aunque lo suficientemente clara para ser escuchado, dijo: “Ese pedazo de pierna y todo lo demás es mío. Me he caído de cabeza al agua y no sé cómo pude llegar hasta aquí. Avisen a alguien. Ya no aguanto más”.

Flora, oportuna, aprovechó la coyuntura para lanzar un mi sostenido que, a no ser por el pavor que despertaba entre sus desprevenidos oyentes, hubiera envidiado la mismísima María Callas.

Álvaro, más práctico, suplicó mentalmente a todos los santos de la corte celestial que accedieran a un trueque de alojamiento del reuma padecido por su esposa -desde las piernas a la garganta-, gritó en dirección a la ventanilla que aguantara un poquito más y salió corriendo a dar el correspondiente aviso.

Todo funcionó perfectamente y, en escasos minutos, Paco fue izado a bordo, devuelto a los brazos de sus amigos y ahuyentó el temor a un resfriado soplando, con expresión de alivio, un par de dobles de auténtico ron de Jamaica, obsequio del capitán.

Los botes neumáticos fueron recuperados y devueltos a sus lugares de almacenamiento, los focos, extinguidos y el barco, como si nada hubiera sucedido, volvió a poner rumbo a Palma.

A punto de apagarse la luz en el camarote ocupado por Paco y sus inseparables, éste se quejó de que se encontraba incompleto. Echaba de menos la prótesis olvidada en la cabina de los gallegos.

Juan se ofreció a reclamarla y se aprestaba a hacerlo cuando se produjo una tímida llamada en la puerta. Era Álvaro que, delicadamente envuelto en una toalla, devolvía el inofensivo adminículo cuya aparición tan sonoramente había denunciado Flora. Tuvo, incluso, la deferencia de explicar que si les molestaba a semejante hora se debía a que su mujer se negaba a permanecer un segundo más en compañía de aquel objeto, según ella, obsceno.

Medio dormido, Paco aún tuvo lucidez para responder desde su litera: “Pues dígame usted que eso que tanto le repugna es de caoba legítima, el juego del pie, de aluminio anodinado y el zapato, de artesanía. Ah -añadió- y el calcetín está completamente limpio. Los pies de madera, apenas sudan”.



### 3. ADMISIÓN, COMPRESIÓN, EXPLOSIÓN Y ESCAPE

El viaje hasta Barcelona supuso un verdadero suplicio para Lucas. El propio Carlos, su amigo y confidente lo advirtió tan pronto como salieron de Oviedo.

Varias veces le había preguntado qué le sucedía pero, a pesar de la vieja amistad que les unía desde muchos años atrás, Lucas contestaba con evasivas o no respondía en absoluto.

Aquella actitud era extraña en un hombre como él que no tuvo secretos para su compañero de fatigas durante tanto tiempo. Su entrada en la mina se produjo casi simultáneamente, cuando los dos eran aún un par de críos.

Hijos de mineros, ambos conocían perfectamente el ambiente del negro agujero, las penalidades que allí abajo deberían soportar y el peligro constante en que su trabajo cotidiano iba a desarrollarse.

Como tantas otras, las dos familias mantenían una orgullosa tradición y todos sus miembros varones sabían, tan pronto como empezaban a darse cuenta de lo que les rodeaba, que su futuro estaba unido al carbón. Al igual que sus padres y abuelos se jugarían la vida en las profundidades, ejerciendo un oficio más propio de topos que de seres humanos.

Sin embargo, ninguno de los dos hubiera deseado ser otra cosa. Habían escuchado demasiados relatos sobre lo que ocurría en las entrañas de la tierra, acerca de la camaradería -que muchas veces llegaba a convertirse en heroísmo- para conformarse con una profesión distinta y más tranquila.

Desde que eran niños, al salir de la escuela, acudían a la boca de la mina para asistir al cambio de turno, con la excusa de esperar a sus padres. Pero, en realidad, lo que iban a hacer allí era contemplar la salida de aquellos hombres de ennegrecidos rostros en los que el blanco de los ojos y de las dentaduras refulgía como dotado de luz propia.

Causaban la impresión de pertenecer a una raza diferente, capaz de hacer honor al tácito pacto de inmolarsse estoicamente cuando el humor de la sima lo exigiese.

Era como si la mina, dolida en su propio ser, señalara precio a los trozos que le arrancaran a golpe de pico y se cobrara poniendo fin a la vida de sus profanadores.

Ni Carlos ni Lucas habían olvidado nunca la sensación experimentada la primera

vez que, a bordo de la gran jaula, descendieron al fondo de la sima. En realidad, la bajada no duraba más que unos pocos minutos. Sin embargo, se les hizo interminable. El rápido paso de la luz a las tinieblas representaba algo nuevo que sugería extraños pensamientos.

Ya abajo, cuando caminaban por la galería que habría de conducirles al tajo, los últimos del reducido grupo, un raro pudor les obligó a hablar en susurros, como si se hallasen en una catedral.

Dándose cuenta, los que les precedían volvieron la cabeza y, en broma, les gritaron: “Chavales, no tengáis miedo. Aquí no hay maestro que os mande callar.”

Tampoco en esta ocasión, pensó Carlos, ronda ningún maestro ordenando silencio. Y, a pesar de todo, sentado en la butaca contigua de aquel autobús que les llevaba tragando vorazmente kilómetros a Barcelona, no hablaba. O, al menos, no confesaba lo que le ocurría.

Carlos había observado que tan pronto como el vehículo se detenía, bien para reposar combustible o para que los viajeros repusieran fuerzas y estiraran las piernas, Lucas salía disparado hacia los servicios del establecimiento ante el que se hacía alto.

Esta conducta, repetida a lo largo de la jornada, le hizo suponer que su amigo no se encontraba bien. Algo tenía que sucederle. Cuando, al llegar a Logroño, donde se realizaba el almuerzo, el poco comunicativo Lucas, después de desaparecer siguiendo la pauta establecida hasta el momento, afirmó que no sentía el menor deseo de comer o beber, Carlos tuvo la certeza, ya no tuvo dudas.

Los dos estuvieron siempre dotados de un extraordinario apetito. En el capítulo de la bebida preferían la sidra, aunque lo cierto era que no hacían ascos a nada que contuviese alcohol.

Deseando probar a su compañero, le recordó que en el compartimento de equipajes disponían de tres cajas de botellas de su “líquido predilecto”. ¿Quería que le trajese un par de botellas?. La oferta fue rechazada. “No, no quiero nada”, fue la breve respuesta.

Y así continuó el viaje, con idénticos y veloces eclipses de Lucas y la solícita preocupación de Carlos que ya comenzaba a experimentar verdadero temor por la salud del otro. Durante la travesía nocturna, apenas pudo conciliar el sueño. Se lo impedían los incesantes movimientos del ocupante de la litera cercana a la suya.

Una vez llegados a Palma y ya en el hotel, Lucas se negó sistemáticamente a de-

jarse visitar por el médico que, gratuitamente, pasaba consulta a quienes formaban parte del grupo excursionista. Había comenzado a perder kilos y, paulatinamente, fue adquiriendo un color ceniciento que no presagiaba nada bueno. Cada día comía menos.

La única respuesta que facilitaba a las bienintencionadas admoniciones de sus compañeros de viaje, que continuamente se interesaban por su estado de salud, era que “últimamente estaba excesivamente grueso. Le vendría bien bajar de peso”.

Por fin, un día, se confesó a su mejor amigo. “Mira, Carlos, lo único que me pasa es que padezco un estreñimiento de mil demonios”, le dijo. “Todas las mañanas me paso una hora en el cuarto de baño esperando; pero nada. Por las tardes, otra sesión y, por las noches, otra más, con el mismo resultado”, terminó apesadumbrado.

“Pero hombre -respondió Carlos bastante tranquilizado- eso se dice antes. La solución es bien sencilla. Toma un vaso de agua caliente en ayunas y luego, para desayunar, mucha mermelada de ciruela”.

Después, ya puesto en plan de médico de cabecera, añadió: “Ah, y nada de limón ni arroz”.

Su interlocutor, un tanto aliviado una vez hecha la difícil confesión, observó: “Pues, ya metido en gastos, vete preparando una receta contra las agujetas. Las tengo en las pantorrillas. Seguro que por culpa de la postura”.

“Bueno -contestó el doctor aficionado- déjate de bromas y hablemos de otra cosa. ¿Te fijaste en el marido de la sirena de alarma?. Alvaro, sí; ahí donde lo tienes, habla tres idiomas”.

“No me digas. Pues no tiene pinta de ser una persona muy instruida. ¿Y cuáles son? ¿Español, inglés y francés?”.

“Sólo acertaste uno. Español, sí. Los otros dos son el gallego y el marinero”.

“Paso por el gallego, pero del marinero, nada. Marinero es una profesión y no una lengua”.

“Es tan idioma como el chino. Y, si no, fíjate. La parte delantera de cualquier cosa, se dice proa y la de atrás, popa. Para decir izquierda hablan de babor. Si se refieren a la derecha, dicen estribor. Los objetos no tienen lados sino costados. Lo que se encuentra en las zonas laterales, lejanas o cercanas, se denominan bandas. Si avanzan hacia el frente comentan que van avante y cuando se refieren a las millas -nada de kilómetros- recorri-

das en una jornada de navegación, emplean el término singladura. Las paredes no existen; las sustituyeron por los mamparas. Dan el nombre de cubierta a un sitio que no tiene techo”.

“Para qué seguir; se me está apeteciendo, ahora que pegué la hebra con Alvaro, tirarle más de la lengua y recopilar lo que le saque en un diccionario Marinero-Español, Español-Marinero. ¿A ti qué te parece, Lucas?”.

“Pues me parece que estás mal de la cabeza y perdona. Creo que ahora es el momento. Voy al servicio”.

Un cuarto de hora más tarde, Lucas regresó y, contestando a la muda pregunta que Carlos formulaba con la mirada, respondió: “Falsa alarma”.

Mallorca en aquella época, contrariamente a lo que se les aseguró antes de abandonar la península, ofrecía un tiempo francamente malo. Hacía frío y llovía. Su esperanza de gozar de las templadas aguas del Mare Nostrum (Vaya usted a saber por qué el empeño de utilizar este nombre cuando, realmente, es más norteamericano y ruso que de nadie), se frustró.

De todas maneras, como el hotel contaba con una hermosa piscina olímpica cubierta y climatizada, quedaba el recurso de darse un buen chapuzón sin correr el riesgo de atrapar una pulmonía.

Carlos, haciendo uso de una elocuencia que él mismo ignoraba poseer, logró persuadir a Lucas de que si, por fin, aquello que esperaba impacientemente se producía, no existía impedimento alguno para realizar la deseada evacuación ya que la misma piscina disponía de excelentes servicios sanitarios. Además, si llegado el momento, se encontraba en bañador, la tarea sería más fácil.

Esta última frase zanjó la cuestión. Las dudas de Lucas se esfumaron y, poco después, ambos se zambullían alegremente en el agua.

El recinto estaba muy concurrido. Junto a varios componentes de su propia expedición, chapoteaban varios extranjeros de piel mantecosa, con abundantes pecas y ningún sentido del ridículo, que proferían agudos gritos de satisfacción y alborozo.

Dos o tres señoras, muestrarios vivientes de celulitis, flotaban con la misma gracia y naturalidad que otros tantos hipopótamos amaestrados.

Una de ellas, desvestida con un diminuto bikini que imitaba la piel del tigre, mos-

traba tal cantidad de carne fofa y temblona, que no era suficiente la primera mirada para registrar la magnitud del fenómeno. Era necesaria otra ojeada y aún otra más para admitir la improbable realidad.

Aunque pareciera increíble, aquella montaña de proteínas coqueteaba con cuantos se le ponían a tiro. Sus ojillos porcinos, enterrados casi al borde de los redondos carrillos, lanzaban inequívocos vistazos a su alrededor deteniéndose insistentemente en cuantos miembros del sexo opuesto tenían la mala fortuna de penetrar en su amplio radio de acción.

“Si viendo esto no solucionas tu problema -bromeó Carlos, dirigiéndose a Lucas- vas a tener que operarte”.

“Déjate de chufas -respondió éste- y nada hacia el otro extremo”.

Habían transcurrido cinco días desde su llegada a Palma y Lucas, por temor a que su particular parto se iniciase en algún lugar sin facilidades adecuadas, se privó de integrarse en el grupo que visitó las cuevas del Drach.

Experimentaba la curiosa obsesión de que aquello vendría cuando estuviese en un lugar nada propicio y, consecuentemente, rechazaba categóricamente todo intento de alejarle de donde hubiera, por lo menos, tres o cuatro servicios prestos a acogerle. No le bastaba con uno, pues podía estar ocupado.

Carlos llegó a decirle que tenía complejo de retrete. Pero sin resultado. A lo que sí accedía era a visitar la piscina pero, inevitablemente, muy cerca de determinadas puertas.

En el comedor, donde realizaba una mera visita de cortesía, se situaba, como por casualidad, próximo a una de las salidas que, merced a su sola presencia, podría ser rebautizada como de emergencia.

La desdichada víctima de tan pertinaz sequía, llevaba una cuenta similar, en su aspecto principal, a las que se realizan en Cabo Cañaveral. La única diferencia con aquéllas residía en el hecho de que ésta se efectuaba hacia adelante. Vamos, que no era cuenta atrás.

Según los cálculos del paciente, el retraso llegaba ya a su séptima jornada. Menos mal que, a causa de la propia ansiedad, Lucas no estaba en condiciones de razonar con lógica.

Si hubiera podido discurrir desapasionadamente, comprendería lo terrible de su

situación. En las plataformas de lanzamiento, los astronautas que esperan el momento de ser disparados al espacio, disponen de un término inmediato. Comienza el recitado diez, nueve, ..., dos, uno , cero y listo.

En cambio, Lucas estaba inmerso en una cuenta lógica iniciada con el cero, que ya alcanzaba el siete y que podía no terminar nunca o acabar con su existencia en cualquier momento.

Afortunadamente, la inconstante suerte fatigada de hacer polvo a aquel inofensivo mortal, resolvió mudarse de parroquiano.

Era el noveno día después de la partida de Asturias y llevaban un rato disfrutando del baño en la pileta, cuando Lucas advirtió los síntomas precursores de su ansiada liberación.

Parecía una jornada como otra cualquiera. A través de las enormes y elevadas cristalerías, corridas para evitar la entrada de la fresca brisa, podía verse un cielo negruzco, de bajas y amenazadoras nubes.

Sin embargo, para Lucas, brillaban el sol, la luna y las estrellas, trinaban los pájaros y la monstruosa extranjera, ubicua como siempre, adquirió de pronto unas formas menos repulsivas.

“Ya está, Carlos -anunció gozoso-. Esta vez no fallo”. Y, sin más comentario, salió disparado del agua.

El destinatario de estas palabras, puede que de oscuro significado para los no iniciados, supuso que la ausencia de Lucas duraría, por lo menos, entre treinta y Beeinta de inel me

De pronto, el ansiado hecho se produjo y se sintió otro hombre. Era otro ser. Embargado por la alegría, agradecido a la providencia, adoptó una postura más relajada y, echándose hacia atrás, apoyó la espalda en la tapadera que, a su vez, descansaba contra la baja cisterna.

Su larga lucha contra la cruel jugarreta del destino que eligió época tan desacertada, había terminado. En medio del silencio que reinaba en los servicios, Lucas creyó escuchar un insistente tic-tac. Involuntariamente, con ese movimiento que acerca nuestro reloj al oído y que casi todos realizábamos cien veces al día, trató de comprobar si el repetitivo ruidito procedía de allí.

No llegó a finalizar la verificación porque, con la claridad producida en su mente como consecuencia de la anhelada pérdida de peso, recordó que su modernísima versión de la vieja clepsidra era de cuarzo, es decir, absolutamente silenciosa.

“Entonces, ¿de dónde viene este monótono sonido?”, se preguntó.

Volvió a inclinarse en el ahora glorioso trono, hasta entonces potro de tormento, y escuchó atentamente. Sí, la cosa no ofrecía la menor duda. El rumor provenía de la cisterna.

Pero no podía ser. Aquel reluciente receptáculo sanitario, de excelente marca, tenía que ser operado manualmente. Quedaba excluida, por tanto, la posibilidad de que contara con algún sistema automático y, por ello, de todo aparato de relojería.

Incapaz de resistir durante más tiempo la curiosidad que le dominaba, Lucas se puso en pie y, con precaución -no fuese a hacerse añicos contra el suelo-, retiró la tapa del depósito.

Ante sus ojos, incrédulos al principio, e inmediatamente horrorizados, apareció un objeto que no podía ser otra cosa que una bomba.

A medias sumergida en el agua, dejaba ver la parte superior cubierta de un material negro semejante al celofán. En su zona más alta destacaba incrustada una caja amarilla no mucho mayor que las usadas para las cerillas. A cada lado, un pequeño reloj.

El de la izquierda señalaba las doce y veintitrés minutos. La hora del momento, comprobó en el suyo. El de la derecha, por medio de una solitaria aguja roja, indicaba las doce y media.

Hasta su mente se abrieron paso las implicaciones que el hallazgo representaba.

Era consciente de que debía retirar aquello de allí. Pero, como diría Alvaro, ¿y luego?.

Quedaban algo menos de siete minutos para que se produjese la explosión del artefacto que reduciría a escombros el hotel y, muchísimo peor, convertiría en un montón de sanguinolentas piltrafas a los inocentes huéspedes.

En aquel momento, la inspiración, tímidamente primero y a grito pelado después, le apuntó un curso de acción.

Si conseguía arrojar la bomba a la piscina, una vez desalojados los bañistas, el agua amortiguaría la deflagración y los daños serían de menor importancia.

No lo pensó más. Con manos de las que intentaba en vano eliminar el temblequeo, recogió el aparato destructor, despegando previamente la tira de cinta adhesiva que lo mantenía en posición.

Estaba a punto de salir corriendo de los servicios, cuando una duda le hizo detenerse en seco. ¿Habría más bombas o sería, la que había detectado, la única?.

Depositó cuidadosamente el engendro infernal en una papelera dispuesta en un rincón para recibir las toallas usadas y, enloquecido, a una velocidad vertiginosa, revisó las otras cinco cisternas.

Cuando dio fin al registro, Lucas había conseguido una abundante cosecha. Entre las toallas húmedas reposaban ahora seis bombas. Todas dispuestas para acabar con aquella parte de las islas Baleares a las doce y media.

Faltaban dos minutos, quizás algo menos, para el momento fatídica, cuando Lucas, surgiendo como un bólido, con los cabellos de punta y tan pálido como un muerto -no ignoro que el símil no es muy feliz ya que los coches de carreras carecen de pelo y no son susceptibles de palidecer-- penetró anunciando a voz en cuello que el contenido de la papelera era un racimo de bombas que harían explosión de un momento a otro.

En unos instantes, la piscina y sus cercanías inmediatas fueron abandonadas. Nadie se quedó para comprobar si se trataba de una broma de mal gusto y ni uno solo de los numerosos extranjeros presentes amenazó con quejarse a su embajada.

La mayoría de los despavoridos bañistas se dejaron caer al suelo tan pronto alcanzaron el extremo más alejado del jardín, bajo los frondosos árboles.

En la playa, a unos doscientos metros del hotel, Carlos salía del agua. Estaba bastante fría y la brisa que soplaba invitaba a secarse sin dilación. Se inclinaba para tomar de



la arena la toalla, cuando escuchó una fortísima explosión. Trozos de cristal de todos los tamaños ascendían al cielo descendiendo luego en una lluvia insuficiente para disipar la negra columna de humo.

Carlos, con los ojos húmedos fijos en aquel inesperado desastre, musitó: “Será posible que Lucas ..., pero, no. Es imposible. Y, sin embargo ...”

A la memoria del desconcertado y entristecido Carlos vino una frase que, como chanza, había estado a punto de decirle a su camarada: “Eres como un motor de cuatro tiempos. Has pasado por los dos primeros, admisión de la comida y compresión de ésta para reducir su volumen. Te faltan únicamente la explosión y el escape. Ojalá los hagas y salgas ileso”.

Ahora se alegraba de no haber pronunciado aquellas palabras. Hubieran resultado muy crueles si, de verdad, aquella explosión se hubiera producido sin tiempo para el escape.

Vuelta la calma, se comprobó que de la piscina y anejos sólo quedaba el recuerdo y un montón de cascotes. Por suerte no hubo víctimas.

Al día siguiente, el director del hotel, ausente por haber tenido que acompañar a su esposa que debía sufrir una delicada operación quirúrgica, regresó.

La explicación al desastre con que se encontró a su vuelta se hallaba encerrada en un sobre dirigido personal y confidencialmente a Don Jordi Poblet Coll: él mismo. En la carta que albergaba, fechada dos días antes, anunciaba el atentado y exigía que las islas fueran exclusivamente para los isleños y la inmediata expulsión de turistas y visigodos.

Firmaba la misiva un grupo desconocido hasta entonces, denominado “Els lliberadors, Secció d’acció directe”.

Había sido entregada en recepción por un niño que hacía sus primeros pinitos en la prometedora carrera del terrorismo. Chico listo que a su corta edad era sabedor de que entre los colocadores de bombas no existe el paro.

#### 4. LA GORGONA

Mentiría como un bellaco si dijera que Laura era fea. La afirmación constituiría una innegable trasgresión de la veracidad.

Por otra parte, nuestra lengua tan rica en matices y términos para describir otros conceptos, falla lamentablemente a la hora de definir la fealdad. Al menos a la que me refiero.

Así pues, me limitaré a afirmar que Laura no era hermosa, ni siquiera bonita, ni tan sólo mona. Es preciso convenir en que carecía de encantos físicos en lo tocante al rostro, a pesar de lo cual, su faz llamaba poderosamente la atención y su cara venía a ser visión inolvidable y demasiado a menudo objeto de pesadillas de los desdichados que habían tenido el infortunio de verla de cerca o de lejos.

Más vale que, en vez de prodigar adjetivos peyorativos, me ciña al relato de alguna de las consecuencias derivadas de la contemplación de Laura.

Javier, el marido de la indefinible Laura, formaba parte de una de esas peñas gastronómicas a que tan aficionados son los vascos. Periódicamente se reunían para comer platos exquisitos previamente preparados con evidentes conocimientos culinarios y amorosos cuidados.

En uno de aquellos almuerzos en que la elección del menú había sido el causante de interminables controversias, llegaron a un acuerdo de compromiso. Tomarían ostras, crema de nécoras, bacalao a la vizcaína, solomillo a la plancha y, como postre, natillas a la gudari.

Antes de comenzar, los nueve comensales masculinos -en aquellas cuchipandas no tenían cabida las féminas- habían bebido abundantemente y puede que ésta fuese la única explicación del extraño suceso que se produjo.

Javier extrajo la cartera para buscar determinado papel y, de forma casual, cayó sobre la mesa, alrededor de la cual ya se encontraban sentados, una fotografía de Laura que uno de los alegres epicuros recogió para devolver a su propietario.

Nada hubiera sucedido si se hubiera limitado a entregarla sin echarle una ojeada. La curiosidad pudo más que la buena crianza y, en un acto irreflexivo, contempló el rostro que aparecían en la instantánea.

No bien lo hubo hecho cuando, sin un suspiro, se desplomó privado de conocimiento. Javier, antes de atender a su vecino de mesa, como las normales reglas de humanidad aconsejan, se apresuró a ocultar la foto de su esposa.

Nadie parecía haberse dado cuenta de lo que había ocurrido. El, sí. Era consciente de que la fugaz visión de su costilla era la culpable de aquel síncope.

Como suele suceder en casos similares, la comida fue suspendida, el enfermo ingresado en la sección de urgencias del centro sanitario más cercano y la reunión disuelta sin que los platos preparados tan meticulosamente fueran catados.

Esta última circunstancia resultó providencial porque, aunque todos lo ignorasen, tan pronto como el retrato de Laura surgió a la luz, las ostras comenzaron a exhalar un olor sospechoso, la crema de nécoras se agrió y las natillas se cortaron.

No era la primera vez -ni, a buen seguro, sería la última- que la inopinada aparición de Laura, en persona o en efigie, había estado a punto de causar una catástrofe.

Pocas fechas antes del frustrado almuerzo, Javier, frente al espejo del cuarto de baño, acababa de cubrirse el rostro con espuma de afeitar y se disponía a iniciar la delicada operación de rasurarse cuando la repentina aparición de la cara de su media naranja, detrás de la suya en el cristal azogado, le produjo tal sobresalto que no se degolló con la navaja de verdadero milagro.

Sería preciso poseer un temple de acero o ser subnormal profundo para soportar, impasible, sin un deterioro general del sistema nervioso, tal entrada en escena.

Si al menos, como en otras ocasiones, Laura hubiera tenido la delicadeza de avisar de su llegada, diciendo por ejemplo: “No te asustes, querido; ahí voy”, el amenazado tendría la oportunidad de fortalecerse mediante la inmediata ingestión de un doble de coñac o, mejor aún, de darse a la fuga descendiendo ágilmente a la calle por un canalón.

La ceremonia de la boda, ya muy lejana, estuvo en un tris de ser suspendida e incluso faltó poco para que se organizara una revuelta popular.

A la puerta del templo, esperaban la llegada de la novia Javier y el padrino. Elegantemente ataviados con el clásico chaqué, ambos estaban pasando un mal rato ante las miradas de los curiosos. Uno de ellos, señalando con el dedo las altas chisteras de quienes aguardaban impacientes, preguntó con voz estentórea: “¿Necesitáis un deshollinador?”.

A esta “ingeniosa” salida siguieron otras y el concurso de humor espontáneamente

organizado al aire libre no cesó hasta la llegada de la novia.

Entonces, el certamen, en el que sólo participaban hombres, recibió el apoyo femenino. El sentir unánime del mal llamado sexo débil fue proclamado por una viejecita que, tras sujetarse a una columna del alumbrado y respirar hondo varias veces para recuperarse de la violenta impresión recibida al vislumbrar a Laura, exclamó con acento de triunfo: “Ah, ya di con ello. Están filmando otra versión de Tarzán y su compañera”.

El propio sacerdote, llegadas las solemnísimas palabras de : “Javier, ¿quieres a Laura por legítima esposa?”, fijó sus ojos cansados en los contrayentes, primero en el novio y un instante después en la novia, cometiendo la imprudencia de acercarse a esta última, sin duda no dando crédito a lo que veía.

Un cuarto de hora más tarde, el acto se reanudó con un oficiante totalmente re- puesto pero resuelto a no volverse hacia Laura aunque hacerle hubiera representado la oferta de una nueva campana, el arreglo de las goteras de la iglesia y la adquisición de tres confesionarios que sustituyeran los quemados en 1936.

Cuando todo acabó, declinó, cortés pero firmemente y con la cara obstinadamente hacia un lado, las acuciantes invitaciones para que asistiese al almuerzo que tendría lugar seguidamente.

El infortunado cura recordó con íntima vergüenza cómo el monaguillo se había visto obligado a recordarle, con un susurro audible para toda la concurrencia, que se saltaba parte de la liturgia.

A lo largo del ejercicio de su carrera eclesiástica había unido infinidad de parejas. Durante cerca de cuarenta años casó novias de todos los pelajes, risueñas, llorosas, serenas hasta la indiferencia, resignadas, con aire de decirse: “Tan pronto como acabe esto, mi marido va a saber cómo las gasto”.

Las hubo hermosísimas y feísimas pasando por todas las gamas intermedias pero, como la de hoy -meditaba- ninguna.

La caridad cristiana le impedía, si llegara a encontrar palabras adecuadas, calificar acertadamente la que tanto desconcierto y turbación le produjo. No lograba hallar una categoría dónde incluirla.

Puede que, sin proponérselo, diera en el clavo cuando, en voz alta, remachó sus pensamientos diciendo: “Debiera haber llamado a un exorcista”.

El sacristán de la parroquia, aún presente recogiendo algunos ornamentos, suspendió la tarea y preguntó: “¿Decía algo, don Arturo?”.

Este, turbado por el hecho de ser sorprendido hablando solo, respondió: “Nada, hijo, nada. Gracias”.

A estas alturas es imposible que cualquiera -aún siendo corto de vista o tuerto- no se haya formulado la pregunta clave. Esta. Siendo Laura tan así, ¿por qué razón se casó con ella Javier?

No existe posibilidad de ofrecer una respuesta acertada.

Puede que el novio hubiera cometido años atrás un horrendo pecado, eligiendo seguidamente, en un raptó de arrepentimiento, tan original método de expiación.

Quizás el recién casado era víctima de extraña enfermedad, derivada de la avaricia, que le hizo asegurarse la posesión de algo único y, por tanto, valiosísimo.

En todo caso, estaban unidos y Javier podía contar con la absoluta seguridad de que su esposa jamás se estropearía. Si acaso, al contrario. La pátina del tiempo, que todo lo cubre, pudiera ser que la mejorara.

Por supuesto, era preciso admitir que los diarios ensayos de Laura para aliviar su aspecto estaban condenados al fracaso más estrepitoso. Aquello no tenía solución.

De todos modos, era admirable -incluso conmovedor- escucharla cuando, con más fe que los primeros cristianos, le decía a Javier: “Vete desayunando. Mientras tanto, yo me iré arreglando”.

Pues, a pesar de la insostenible situación estética, el marido estaba enamorado de su esposa. ¿Cómo, si no fuese así, iba a tolerar con resignación el trato que recibía de Laura?

Porque, además de su carencia absoluta de encantos físicos, contaba con un carácter abominable. No existen certificados médicos que lo prueben pero, a juzgar por su repugnancia a utilizar términos dulces, dulzones, azucarados o almibarados, debía padecer una diabetes descomunal.

En cambio, sus conversaciones estaban plagadas de expresiones cáusticas -en el mejor de los casos, despectivas- que solían terminar con el hiriente “Eres un inútil”, tolerado con mansedumbre por Javier.

Este que, años antes de su boda, había tenido un hijo con la criada de su propia

familia, estaba absolutamente tranquilo. Mencionarle la inutilidad le dejaba tan fresco.

Con sumo tacto, trató varias veces de convencer a su cara mitad para que ambos acudieran a un médico. Sería muy fácil que su falta de descendencia se debiese a algún leve trastorno corregible sin dificultades.

Pero Laura, con esa invencible tozudez que tantas veces utilizamos los humanos para autodañarnos, se negó en redondo. El, convencido de que por aquel medio nada lograría, sugirió entonces la adopción de un niño. “De ninguna manera”, fue la respuesta.

Y ahora, bastantes años después de su boda, allí estaban. Habían venido a Mallorca como tantas parejas lo hacían en su viaje de novios.

Aquel no era, naturalmente, un desplazamiento especial preparado para disfrutar de la luna de miel -a lo que, en su día, no había accedido la diabética Laura- aparentemente huyendo de cuando pudiera relacionarse con lo dulce.

Era una salida, un escape de la rutinaria existencia vivida por las personas incluidas en la eufemísticamente llamada tercera edad y por quienes no tenían pelos en la lengua, un viaje para viejos.

Claro que, para la adusta Laura no representaba una tregua. Consigo trajo a las islas su notoria falta de tacto y, desde el primer momento, no perdió ocasión de hacer partícipes a las viajeras del lamentable error cometido otorgando su blanca mano al insignificante e inútil ser que Iglesia y Ley coincidían en ratificar como marido.

En privado, la rechifla era general y nadie dudaba en afirmar que si en aquella boda se había cometido un desatino, y estaba claro que sí existió, el engañado era el varón.

Sobre todo, para Aurorina, Luisa y Bety, la primera divorciada, todavía de buen ver, la segunda viuda ya mayor y la última, una monada de veinticuatro años, nieta de la anterior, la cosa era inconcebible.

Las tres descubrían en Javier un hombre sumamente atractivo, cuando no se encontraba en presencia de la gorgona con quien se había desposado. Era alto, corpulento sin ser grueso; de rasgos faciales armoniosos, conservaba todo el cabello, muy oscuro, en el que resaltaban las hebras plateadas junto a las sienes. Poseía una distinción natural, de la que no parecía consciente y una voz profunda, cálida, cautivadora.

No localizaban explicación lógica para la existencia de una pareja tan chocantemente dispar.

“¿Qué habrá visto en ella?”, se preguntaba Luisa, la de más edad. Y añadía: “Tendrá dinero, dinero a espuestas. Si no es por algo así, ¿por qué va a ser?”.

“A mí no me parece uno de éstos. No tiene pinta de caradura”, terciaba Aurorina. Y continuaba: “Pero, entonces, ¿cómo puede soportarla?. Porque, no sólo tendrá que cerrar los ojos para no verla. El pobre debería taparse los oídos para no escucharla”.

Y Bety, callada, sin intervenir hasta aquel momento, no pudo resistir más y cerró el debate diciendo, soñadora, como regresando de muy lejos: “Me recuerda muchísimo al pobre Rock Hudson. Si yo encontrara en Avilés uno como él, no me importaría la diferencia de edad. Y lo traería en palmitas. No como esa mala pécora que lo tiene frito. Qué tía. No lo deja ni hablar. Os fijasteis el otro día, cuando volvíamos de Valldemosa. El pobre empezó a decir algo sobre la música de Chopin y buena se armó. ¿Qué sabes tú de música! Ni de Chopin, ni de nada, bocazas inútil. Lo dijo, además, en un tono calculado para dar la sensación de que no quería que nadie más que él la oyese. pero la muy bruja sabía que casi todos estábamos escuchando. Algunos, ya lo llaman San Javier. Particularmente, creo que el nombre le viene corto”.

Durante la cena, alguien propuso la visita a la sala de fiestas instalada en las inmediaciones. Más que nada por conocer otro sitio nuevo, unos cuantos aceptaron la sugerencia. Faltaban unos minutos para medianoche cuando, quienes deseaban divertirse, se reunieron ante recepción.

Formaban parte del grupo Aurorina, Bety -Luisa se había negado a acompañarlas alegando cansancio-, Ramón, Juan, Paco, Álvaro y Flora y, aunque pareciera extraño, Javier y señora. Esta última quiso ser de la partida tan pronto supo que su marido no sentía el menor deseo de hacerlo.

Salieron del hotel todos juntos; hablando alegremente y, entre bromas, cruzaron la corta distancia que separaba aquél del paseo enlosado al borde del mar.

Hacía una noche perfecta, sin luna pero muy clara. Allí arriba asomaban las estrellas en pugna con algunas nubes que corrían velozmente hacia el horizonte. Estaban tan cerca del agua que, aún sin prestar mucha atención, podía escucharse el débil rumor que, como una tímida protesta, producían las olas de juguete al morir en la orilla.

Pronto llegaron a la boite. Se trataba de una sala enorme, atestada de un público bullicioso que daba inequívocas muestras de su irrefrenable deseo de divertirse y de un

olímpico desprecio ante una posterior jaqueca.

No faltaba detalle para igualar aquella sala a los millares que pueden encontrarse en cualquier otro lugar del mundo. Disponía de aire acondicionado -que no funcionaba-, contaba con iluminación suficiente para alumbrar la noche de los tiempos y proveía a los asistentes de más decibelios por metro cúbico que la pista de pruebas de Le Mans.

La dirección del establecimiento, con una visión comercial que la honraba, se puso de acuerdo con el Colegio Oficial de Oftalmólogos y, seguidamente, instaló en la sala la más potente luz estroboscópica que pudo importar de Estados Unidos.

El permanente guirigay obligó a la empresa a tomar una atrevida decisión. Imprimieron unos llamativos talonarios, a cinco colores, en los que cada consumición figuraba precedida de un número. Que se deseaba un whisky, se marcaba con una cruz el siete y, en una columna, se indicaba la cantidad de unidades que se encargaban.

Así que el animado grupo procedente del vecino hotel, solicitó al diligente camarero que les atendió, tres refrescos, dos coñacs y cuatro whiskies, rellenando concienzudamente el obligado impreso.

Tres cuartos de hora después, un nuevo empleado preguntó qué deseaban tomar.

Quince minutos más tarde, otro mozo desconocido depositó sobre la mesa tres jarras de sangría y nueve vasos.

Silenciosamente, los sedientos, medio ciegos y ensordecidos expedicionarios, aceptaron lo que el azar les enviaba y, resignados, tuvieron la oportunidad única de probar la primera sangría con sabor a aguarrás de su vida.

Bety, con gran economía de palabras y acierto, resumió la opinión general exclamando: “¡Qué asco!”.

Como bailar era imposible, pues la reducida pista se encontraba atestada, y la conversación representaba un manifiesto atentado contra las cuerdas vocales, -en aquella barahúnda era necesario desgañitarse para hacerse entender- por señas, Aurorina y Bety dijeron que se marchaban. Laura y Javier también se levantaron para irse.

El resto, obedeciendo oscuros instintos masoquistas de los que, evidentemente, no tenían conciencia, permanecieron en sus puestos.

Cuando los sensatos desertores salían del ruidoso local, tras unos insistentes trompetazos que se esforzaban, con escaso éxito, en sobresalir por encima del general barullo,



hizo su aparición sobre el reducido escenario situado en el fondo, una tropilla de mujeres sucintamente vestidas.

Otra mujer, ataviada con chistera y traje de etiqueta que lanzaba mil destellos al reflejar en sus lentejuelas los fogonazos de la infernal luz estroboscópica, portaba en sus manos un cartelón anunciando la actuación de las “Kanadian Girls”.

Que Canadian se escribiera con C y no con K, carecía de la menor importancia. Tampoco tenía trascendencia que quienes se disponían a deleitar con sus artísticas evoluciones al distinguido y cosmopolita público ya hubieran dejado atrás la dichosa época en que pudiera considerárselas, sin mentir, como girls.

En realidad, cualquier observador objetivo hubiera afirmado que se trataba de un grupo de señoras talludas.

Lo cierto fue que el rugido de aprobación con que el entendido concurso masculino saludó la comparecencia de las ajadas ninfas, nada tuvo que ver con sus respectivas partidas de nacimiento; ni siquiera con sus modernísimos peinados. Era la jubilosa aquiescencia a la desaparición del TOP -no la del Tribunal de Orden Público, deje en paz a la política- es decir, era la alegre bienvenida a las “Top less Old Girls”.

Mientras sucedía esto y estaban a punto de comenzar las picarescas y sugerentes evoluciones que iban a tener lugar en la sala de fiestas, los cuatro tráfugas caminaban lentamente por el solitario paseo marítimo.

El rumor de sus pasos no despertó ecos de nada -porque aún no se habían dormido- pero puso sobre aviso a tres individuos que aguardaban la oportunidad de aumentar su peculio sin dar golpe, pero ejecutando un golpe.

Salieron de las sombras que les cobijaban y se interpusieron ante Aurorina, Bety, Laura y Javier. Amenazadoramente, exigieron les entregaran cuanto llevaran de valor, y silencio absoluto.

Dos de ellos esgrimían largas navajas. El otro empuñaba un feo pistolón. (Luego se demostró que se trataba de un arma de juguete pero, en aquellos momentos, sólo conocía esta circunstancia su portador).

Los asaltados permanecieron en silencio y totalmente inmóviles. Javier buscó con los ojos algo que había visto cuando se dirigían a la sala de fiestas. Se trataba de una cosa que, quizás pudiera sacarles del apuro en que su desprecio hacia el arte les había coloca-

do.

Y allí estaba. A medio metro, al borde el paseo se encontraba una carretilla conteniendo una bolsa de cemento, una enorme regadera de metal y, lo mejor de todo, un azadón dotado del mango de madera más largo y grueso del mundo.

Javier no vaciló un instante. Saltó la distancia que le separaba del fortuito arsenal, cogió el azadón con ambas manos y, al grito de “Gora Euzkadi”, inició un furibundo vapulero administrado con admirable ecuanimidad. En un momento acabó con la tímida resistencia de los sorprendidos salteadores.

Al de la enorme pistola le asestó tan tremendo golpe en los riñones que, sin duda, a partir de entonces quedaría incluido entre los más ardientes adictos a la diálisis.

Los de las navajas abandonaron los pertrechos en su prisa por alejarse del lugar de la refriega. Uno de ellos corría sosteniendo delicadamente con la mano izquierda el brazo derecho que pendía inerte, seguramente roto. El otro, con acento de asombro, gritó antes de desaparecer: “¡Qué bestia eres, tío!”.

Aurorina, en tono de incredulidad y, dirigiéndose a Laura musitó: “¡Y a éste le tachabas de inútil!”.

Ya en el hotel, cuando iban a acostarse, después de relatar a su abuela los sucesos de la agitada noche, Luisa, con cara de inocencia exclamó: “Javier es un inocentón. Para ahuyentar a esos sinvergüenzas le hubiera bastado con enseñarles la cara de su mujercita”.

## 5. PAPOTES

“Papotes” había abandonado para siempre su Bélgica natal a bordo de un carguero que cubría la ruta Ostende-Gijón, transportando carbón extraído en las minas de Lieja.

Resultaba extraño que aquel negro mineral traído desde tan lejos a la Central Eléctrica de Aboño, costara menos dinero que el arrancado en el subsuelo de la propia Asturias, pero así era.

Paulus Poteshalen se encontró en Gijón con dos días en blanco. No tenía absolutamente nada que hacer. Su puesto de primer maquinista en el Norden Marik no le obligaba a permanecer allí. Podía irse a donde deseara, siempre que antes de la marea alta del día en que debían zarpar de nuevo para Ostende estuviera en su puesto.

Conocía escasas palabras de español pero entre ellas figuraban “vicio”, o sea, mala costumbre, y “villa”, es decir, población/núcleo urbano. Se quedó un tanto sorprendido al ver escritas las dos palabras en el indicador de un autobús que señalaba: Gijón-Villaviciosa/ Villaviciosa-Gijón.

“Me agradecería conocer -se dijo- una aglomeración humana que no tiene inconveniente en reconocer que, colectivamente, es un nido de vicios”.

Y no lo pensó más. Ascendió al autobús, entregó unos billetes al hombre que se encontraba detrás del volante simultaneando los trabajos de cobrador y conductor y se repantigó en un asiento bastante estrecho para sus amplias posaderas.

El vehículo arrancó con ruidosa protesta que al experimentado oído de Paulus nada bueno presagiaba y se puso en movimiento lentamente. A pesar del traqueteo, aquella ruina con ruedas avanzaba. Al poco rato, habían abandonado Gijón y rodaban a la sosegada velocidad de cincuenta Kms. por hora sobre una estrecha carretera, llena de profundos baches y bordeada por copudos árboles.

Abundaban las curvas y, de vez en cuando, entre la vegetación se veían cuidados sembrados de maíz. Era una visión tranquilizante. La cantidad increíble de tonos verdes había actuado como un bebedizo sobre la imaginación de Paulus.

Su llegada a Villaviciosa coincidía con la celebración del mercado al aire libre. Bajo frondosos plátanos, a lo largo de una calle que conducía a las afueras, se veía una interminable fila de puestos de venta. En ellos se ofrecía todo lo que una tierra fértil y

generosa devuelve a quien la riega con sudor.

Vegetales de todas clases, mantequilla, fruta -especialmente manzanas de distintas variedades y excelente aspecto- cambiaban de dueño entre incesante cháchara. Todo el mundo hablaba a gritos. Parecía que iba a estallar una pelea a cada instante y, sin embargo, nada sucedía. ¡Qué diferentes eran las cosas aquí!

No obstante, encontró algo que semejaba bastante a un calzado utilizado en su lejana tierra. Había un par de puestos donde se exhibían zuecos de madera, no exactamente iguales a los belgas pero, evidentemente, de la misma familia.

Lo que no acababa de descubrir por ninguna parte era una muestra de los vicios que debían aquejar a la villa.

Entonces, dispuesto a llegar al corazón del secreto, se dirigió decididamente a un grupo de hombres que, sentados en bancos distribuidos en torno a una mesa, bajo una parra, bebían de un gran vaso común el líquido ambarino que se vertía desde la oscura botella colocada en alto.

La llegada de aquel desconocido enfundado en un uniforme azul, con gorra de plato en la que campeaba una rara insignia causó en el grupo de bebedores el natural estupor.

El asombro subió de punto cuando el recién llegado, con fuerte acento, dijo: “Villaviciosa, viciosa, vicio, villa, ¿sí?”.

“Sí, Villaviciosa”, respondieron los sorprendidos catadores de sidra, creyendo que el forastero deseaba cerciorarse de que se encontraba en Villaviciosa.

“¿Warum, why, pourquoi, perché viciosa?”, volvió a inquirir el desconocido.

Uno de los contertulios, viendo que por aquel camino no llegarían a ninguna parte, le indicó que se sentase a su lado, sirvió en el vaso una generosa ración de sidra y se lo entregó diciendo: “Beba, y déjese de monsergas”.

El invitado aceptó el convite y apuró el brebaje, lo saboreó apreciativamente y, devolviendo el frágil recipiente, insistió señalando la botella: “Ja, ¿sidra, vicio?”.

Ahora sí fue comprendido. Deseaba saber si la sidra era el vicio de la villa. Así que, sonriendo bonachonamente, contestaron: “Sí, sidra, vicio”.

Luego pidieron más botellas y un puñado de manzanas y, haciendo ademán de estrujarlas, intentaron explicar cómo se obtenía aquella refrescante bebida.

El belga permaneció un buen rato sentado con sus anfitriones. No entendía una palabra de lo que se hablaba, pero le resultaba indiferente. Se sentía en paz con el mundo y consigo mismo. Cuando era su turno, bebía con aplicación, chasqueaba la lengua, apiñaba los dedos de una mano, se los llevaba a los labios y, besándolos, los separaba, realizando el gesto que en todas partes se traduce por “excelente”.

Contemplaba absorto cómo la sidra chisporroteaba al golpear el borde del inclinado vaso y los miles de diminutos diamantes que relucían al escapar goteando del transparente vidrio.

Pronto aprendió a deshacerse de la última porción del líquido imitando el gesto de una falsa oferta a los dioses. Lo que simulaba un acto religioso era únicamente una precaución higiénica.

Cuando la tertulia se disolvió, Paulus, tras estrechar ceremoniosamente las manos de los presentes, caminó al azar hacia la salida del pueblo. Enseguida se encontró andando por una pista de tierra, sin rastro de asfalto.

Entre las ramas de los árboles que jalonaban la senda que seguía, podía ver trozos de cielo azul y perezosas nubes algodonosas que parecían flotar lentamente.

Bastante antes de ver el agua que lo producía, escuchó su ruido. Al volver un recodo, se detuvo. Allí enfrente, como a doscientos metros, se alzaba una casa de piedra medio cubierta por hiedra.

Con paso tardo, se aproximó. Como sospechaba, se trataba de un molino. El sonido del agua corriendo encajonada en dirección al mecanismo que ponía en movimiento las pesadas muelas, era inconfundible.

Sobre la puerta de acceso podía verse un letrero que decía: “El Molino. Bar Modesto. Comidas”. Naturalmente, aquellas palabras nada significaban para Paulus pero, a pesar de todo, pasó al interior.

Dentro, le acogió una grata penumbra y un delicioso olor que le recordó las muchas horas que llevaba sin probar bocado.

Cuatro mesitas cuadradas, unas sillas y un corto mostrador de zinc, constituían el único mobiliario. Detrás de la barra, un anaquel con algunas botellas. A los extremos de aquélla, dos puertas, una con la indicación WC.

No había nadie para recibirle pero al escuchar el roce de la silla en que, fatigado,

se dejó caer, por la puerta de la derecha surgió un hombre rechoncho con las ropas cubiertas de blanca harina.

Acercándose con andares de ánade, recogió el paño húmedo y, pasándolo concienzudamente sobre la mesa, preguntó: “¿Qué quiere tomar?”.

Paulus respondió: “sidra” y, cuando el hombre iba a marcharse en busca de lo que se le pedía, lo cogió por un brazo y soltó una larga e incomprensible tirada acompañada de la mímica adecuada para expresar que deseaba comer.

El propietario de “El Molino, etc.” le hizo señas de que no se impacientase y, asomando medio cuerpo a la puerta por la que había entrado un momento antes, gritó: “Cristina, ven acá. Tenemos un cliente que no habla español”.

La llegada de Cristina, que tuvo lugar rápidamente, representó muchas cosas para el marino belga. El ignoraba entonces que el encuentro tendría consecuencias tan importantes, que su vida dejaría de ser lo que había sido hasta entonces, para sufrir una radical transformación.

Por el momento significaba la posibilidad de hablar en un francés bastante rudimentario, pero comprensible. Cristina tenía veinticinco años, largos cabellos rubios, ojos tan negros como el carbón que transportaba el Norden Marik, voz acariciadora y un tipo que su modesto vestido no lograba disimular por completo.

El primer oficial de máquinas, repentinamente sin rastros de fatiga, hubiera entendido el árabe si Cristina lo utilizase. Comería cardos si se los sirviese. Pero, afortunadamente, lo que colocó ante sus ávidos ojos fue un rebotante plato de pote asturiano.

De vez en cuando, advirtiendo la poca maña que el marino se daba escanciando la sidra, la hija de Modesto la servía con una soltura admirable.

Tras el suculento potaje, llegó el turno de la parte sólida. Una abundantísima ración de lacón, tocino, chorizo, morcilla y costilla de cerdo.

Paulus, que había comenzado el almuerzo con sobrado apetito y buen ánimo, empezó a notarse incómodo. No sabía a qué atribuir aquella desazón que le ganaba por momentos.

Cristina estuvo a la altura de las circunstancias. El relato que el marino había hecho de sus andanzas en busca del vicio que aquejaba a la villa, junto con las posteriores y frecuentes libaciones del jugo de manzana, le hicieron comprender que era el momento

de aconsejarle una rápida visita al WC ..., para lavarse las manos.

El belga debía ser una persona muy aficionada al aseo personal pues, cuando volvió a sentarse después de la momentánea fuga, parecía sentirse sumamente aliviado.

Terminado el almuerzo, con Cristina actuando como intérprete, el oficial maquinista sostuvo una larga conversación con Modesto. Le interesaba todo lo relacionado con el campo, los cultivos, la fruta y, de una manera especial, la sidra y su fabricación.

Estuvieron hablando hasta bien entrada la tarde. A la hora de despedirse, no sabía cómo hacerlo. Dando rodeos y a base de circunloquios, logró armarse de valor para preguntar si podía volver por allí. La respuesta fue que aquél era un establecimiento público sin reserva del derecho de admisión.

Cristina las pasó moradas para traducir aquella chufra de su padre. Finalmente, consiguió encontrar las palabras precisas para no desanimar al que formulaba la pregunta.

Por último, se fue prometiendo seriamente que antes de un mes estaría de vuelta.

“Parece buena persona”, comentó el molinero. “Claro que con estos extranjeros, nunca se sabe”, añadió.

Paulus cumplió su promesa al pie de la letra. Veinticinco días después de aquella primera comida en “El Molino”, hacía la segunda aunque, esta vez, a base de fabada.

Durante su ausencia, solicitó la rescisión de su contrato con la casa armadora y liquidó sus asuntos en Bélgica. Prácticamente rompió todos los lazos con el país pues sus padres habían fallecido hacía años y su única hermana, casada con un ingeniero de minas, residía en el Congo.

La conversación mantenida con Modesto, tan pronto como consiguió terminar con cuanto se le había puesto por delante, fue muy seria. Pretendía adquirir un inmenso pomar (pomarada, decían allí) e instalar el mejor lagar de Asturias.

Sus proyectos no se reducían a esto. Como, por su carácter de extranjero, pudieran presentarse problemas a la hora de firmar escrituras y otros papeles legales, tenía pensado que todos sus bienes figuraran a nombre de su esposa, española.

Al traducir esto, Cristina no logró evitar un gesto de desagrado. “Entonces, ¿estás casado con una española?”.

“Todavía no. Pero puede que pronto lo esté”, fue la breve respuesta.

El exmarino había hecho el viaje desde Bruselas a Madrid con Sabena y de Madrid

a Ranón, el aeropuerto de Asturias, con Iberia. Durante los vuelos realizados sin el menor contratiempo, su pensamiento apenas se apartó de la rubia escanciadora de sidra.

Lo que le sucedía no iba muy bien con su carácter, hasta entonces frío y receloso. Si aquello no era un flechazo, qué otra cosa podía ser. Además, no se trataba solamente de Cristina. Contaba también el ambiente de sosiego que se respiraba, que formaba parte del molino y sus alrededores.

Nunca se había encontrado tan tranquilo y a gusto. ¡Pasear lentamente bajo la arboleda, escuchar el rumor del agua que susurraba sobre los cantos de piedra, contemplar el cielo aspirando el sano perfume de la hierba y las flores, era tan distinto a lo que estaba habituado en su vida anterior!

Recordaba las jornadas pasadas en las entrañas del Norden Marik y de otros barcos hasta llegar a aquel, soportando el olor nauseabundo del aceite de los motores, el monótono zumbido de pistones y émbolos, sin otros horizontes que las caras manchadas de sus compañeros de cautiverio.

Pero sobre todo, Cristina. Seguir navegando sin volver a verla era algo por lo que no podía pasar. El tenía ya treinta años. Debía pensar en casarse. Tendría hijos que vivirían una existencia, puede que sin grandes lujos, pero sana y alegre.

“Tan pronto como llegue a Villaviciosa hablaré con el molinero y, si su hija acepta, tendremos una boda en la que correrán ríos de sidra. Al fin y al cabo si, hasta ahora, estuve navegando no ha sido por el dinero. Tengo más de lo que necesito”.

Pasaron unos días, pocos, desde la vuelta de Paulus y una tarde en la que, como todas, había comido en “El Molino”, volvió a plantearse la cuestión pomar y lagar. Luego, muy serio, el belga dijo que deseaba casarse enseguida.

Modesto, con sonrisa burlona, contestó que bueno, que se casara y añadió: “Lo que no entiendo es por qué me lo dice a mí”.

La respuesta sorprendió únicamente a Cristina. Su padre ya sospechaba la verdad.

La boda se celebró, poco tiempo después, en Santa María, iglesia perteneciente al estilo de tránsito románico/gótico. Entre los asistentes se encontraba el grupo de bebedores de sidra que habían invitado al contrayente cuando llegó por primera vez a Villaviciosa en una infructuosa búsqueda del vicio que, aparentemente, asolaba a la comunidad.

Pasaron los años y, con la excepción de uno, todos los sueños de la pareja se con-



virtieron en realidad. Vivían en El Molino, convenientemente remozado y ampliado, aunque conservando todo su carácter.

El lagar producía excelente y abundante sidra y la contemplación del pomar cuando los manzanos estaban en flor era una maravilla que todas las primaveras ponía un nudo en la garganta a su orgulloso dueño.

Pero, quizás, como la felicidad nunca es completa, Cristina y Paulus no tenían hijos. No los tuvieron ni podrían tenerlos jamás. Aparentemente, no existía nada que se lo impidiese. Ambos disfrutaban de buena salud, eran absolutamente normales y, sin embargo, los hijos no llegaban.

Preocupados, visitaron una interminable serie de especialistas. Acudieron a Londres, París, Bruselas, sin resultado alguno.

Finalmente, cuando llevaban seis años de matrimonio, Cristina confesó a su marido que se encontraba en estado. La felicidad, sin límites, duró tanto como el embarazo.

A pesar de los constantes cuidados y la mejor ayuda médica, Cristina falleció al dar a luz y la niña nació muerta.

Transcurrieron varios años; Modesto, en pos de su hija y su nieta, abandonó este mundo. Paulus nunca llegó a recuperarse de aquellas pérdidas. Se encontraba solo aunque, sin proponérselo, había logrado reunir un elevado número de amigos.

Se nacionalizó español y emprendió varios negocios que marchaban viento en popa. Creó un complejo agrícola, granja y establos, dotado de los últimos avances de la técnica.

Querido por todo el mundo, titular de un enrevesado patronímico difícil de pronunciar y obligado a soportar su considerable peso (ciento diez kilos), fue rebautizado con el remoquete de Papotes, que aludía a sus redondos y carnosos carrillos y a las primeras sílabas de su verdadero nombre y apellido (Pa/ulus Potes/halen).

Su excelente carácter le hizo admitir de buen grado el nombre que, afectuosamente, empleaban cuantos le conocían.

Su vida, durante los años que siguieron a la desaparición de los que constituían su familia en Villaviciosa, fue pasando lentamente casi sin tomar parte activa en los acontecimientos. Una persona de absoluta confianza se hizo cargo de los negocios y, finalmente, se retiró totalmente.

Paseaba sin prisa por las veredas que le había hecho conocer Cristina. Sentado a la sombra de una parra que hizo instalar en el parte trasera del molino fumaba la pipa y, pensativo, escuchaba el rumor del agua que fluía muy cerca.

Uno de sus amigos, jubilado como él, le habló en cierta ocasión de los viajes que distintos organismos preparaban para personas como ellos. Podía ser divertido si fueran los dos juntos a cualquier parte.

Papotes, al principio, no quiso ni oír hablar de ello. “¿A dónde iba a ir él? Para hacerlo, tendrían que utilizar un transporte especial”, bromeó con amargura.

El otro, no conforme con aquella primera negativa, insistió haciéndole ver que un viaje le vendría muy bien, sacudiría la pereza y el sopor en que se encontraba. Sería bueno para la salud del alma y del cuerpo.

Por último, Papotes accedió y un mes más tarde, arribaba a Palma de Mallorca. Aunque había de confesar que el viaje fue cualquier cosa menos cómodo, mentiría si afirmara que no se estaba divirtiendo.

Su aspecto y su acento, que le delataban como un ciudadano de adopción, le habían granjeado la simpatía de sus compañeros de viaje.

Poco importaba que se hubiera visto obligado a realizar el viaje en autobús, desde Oviedo a Barcelona, en el asiento del ayudante del conductor. En los destinados a los pasajeros era imposible encajar su humanidad.

Tampoco tenía trascendencia que la travesía Barcelona-Palma hubiera transcurrido en una butaca de lona ya que las literas no habían sido diseñadas para personas de su peso y tamaño.

De escasa monta era el inconveniente de dormir en una cama de matrimonio debidamente apuntalada cuyos refuerzos se le clavaban en la espalda como bayonetas.

No lo esperaba pero, ciertamente, disfrutaba con todo y de todo. Parecía un chiquillo en vacaciones. Su organismo, habituado a la baja temperatura del agua de río en que se chapuzaba casi a lo largo de todo el año, soportaba a las mil maravillas el tolerable frescor del Mediterráneo.

En las excursiones escuchaba atentamente cuanto explicaban los guías y nunca le faltaba un comentario oportuno que tenía la virtud de animar a aquéllos, sacándoles de la general apatía que suele ser su marca de fábrica.

Papotes era un hombre observador y esta circunstancia le permitió comprobar, el primer día que tomó posesión de su dormitorio, que el pestillo de la puerta corredera de la terraza había sido limado. La operación, realizada hábilmente por alguien que sabía lo que se hacía, podría pasar inadvertida sin un detenido examen.

Una noche, cuando Papotes dormía como un bendito roncando a más y mejor, sucedió algo que le despertó instantáneamente.

Se encontraba boca arriba, los labios, entre los cuales se deslizaba un reguero de saliva, un tanto abiertos, el brazo derecho colgando sobre el borde de la cama a dos dedos de la alfombrilla, cuando un repentino cambio en la temperatura del cuarto y la entrada del aire más bien frío que le golpeaba el rostro, cortó su sueño. Alguien le visitaba sin hacerse anunciar.

El nocturno infiltrado se detuvo unos instantes. Luego, confiando en los traidores y nasales sonidos del alerta Papotes, terminó de abrir la corredera, lo suficiente para pasar y encendió una diminuta linterna que emitía un delgadísimo rayo de luz.

Cautelosamente, sin producir el más leve sonido, se introdujo en la habitación y, desde donde se encontraba, paseó el débil fulgor de la lamparilla sobre todo el mobiliario. El único lugar que no iluminó fue el lecho sobre el cual el alerta Paulus, con los ojos entreabiertos, esperaba su oportunidad.

El tenue haz de luz hizo un prolongado alto sobre el escritorio situado frente a la cama. Algo lo atraía como un imán. Era una abultada cartera de la que sobresalían algunos billetes. Allí estaba lo que venía buscando.

El ratero, con paso cauto, rodeó una silla y avanzó sin un rumor. Pisó el extremo de la alfombra de pie de cama más cercano a la cabecera de ésta. Para hacerlo, tuvo que pasar a dos dedos escasos de la mano extendida de Papotes.

Dio dos pasos más. Ahora se hallaba de espaldas a su víctima. Con una sincronización de movimientos perfecta, el gordo y aparentemente lento emisor de ronquidos, propinó un violento tirón a la estera y se arrojó de la cama con la colcha extendida, cubriendo con ella al asustado amigo de lo ajeno que se había ido de bruces al suelo.

Lo que vino después fue un juego de niños. Papotes, como si su vida hubiera transcurrido en un almacén de paquetería, hizo un fardo del incauto invasor, lo tumbó sobre el colchón, se sentó encima (estando a punto de aplastarlo) y llamó a recepción pi-

diendo que subiera el detective del hotel.

Cuando el funcionario entró en la habitación, empuñando la pistola, recibió dos sorpresas. La primera, jocosa; el espectáculo inusitado de lo que, a primera vista, parecía un paquidermo en pijama. La segunda, trágica. La persona que surgió de entre los pliegues de la colcha, sofocada y atemorizada, era Pepito, pinche de cocina del propio establecimiento hostelero.

Pasados los primeros momentos de confusión, la policía, alertada por la dirección del hotel, se hizo cargo del detenido y le trasladó a Comisaría.

Al día siguiente, Papotes fue objeto de un homenaje por parte del Sindicato Provincial de Hostelería, en el que tomó parte el Delegado del Gobierno en la Comunidad Autónoma Balear y el Jefe Superior de Policía.

El astur-belga había capturado, como quien lava, al maleante Pepito que, con su segura base de operaciones en la cocina, entre sartenes y marmitas, llevaba más de tres años desvalijando impunemente desprevenidos pupilos del establecimiento.

## 6. SOLO PARA SORDOS

El barullo resultaba insoportable. Era imposible entender nada de lo que más de cincuenta altavoces pregonaban simultáneamente. Pero no era necesario oír. Ver era suficiente.

Todo lo que la muchedumbre de curiosos y compradores pudiera desear estaba allí, a su alcance. Expuestos en centenares de tenderetes de quita y pon confeccionados con cuatro tablas, un par de cajones y un trozo de lona como sombrero, podían contemplarse miles de artículos.

Calzado, vestido, libros nuevos y viejos, discos, cassettes, transistores, estaban bien representados.

Tampoco faltaban los productos del campo; quesos, higos, almendras y aceitunas en picudos montones esperaban que el capricho de los indiferentes o interesados paseantes se decidiera por algo en particular.

Mientras tanto, los vendedores más humildes, sin ayuda técnica alguna, enronquecían gritando que lo suyo era lo más fresco lo más moderno o lo de mayor garantía.

A su lado, los situados en la cima de la escala jerárquica, por lo general delante de la abierta puerta trasera de abolladas furgonetas, haciendo uso de micrófonos y gangosos altavoces, se sumaban al estrépito.

Sin dejarse apabullar por el estruendo ni por el calor que apretaba de firme, el gentío circulaba lentamente entre las ordenadas filas de puestos de venta.

El piso, de gravilla menuda que permitía la visión de la arena sobre la que había sido derramada, tampoco añadía ninguna comodidad.

No obstante, el público, de manera especial el femenino, persistía en su incesante búsqueda de la ganga que, orgullosamente, mostraría a sus amistades de la península.

“Pues la verdad es que, buscando un poco, podían encontrarse cosas muy monas”, dirían. “Y muy bien de precio”, añadirían para hacer morir de envidia a quienes no hubieran tenido la fortuna de realizar el viaje a Mallorca, con excursión al mercadillo de Soller.

Sí, aquello era un mercadillo, pero qué mercadillo. Debería concedérsele el nombre de mercadote en atención a su tamaño e importancia.

Despreciando las transacciones comerciales más o menos honestas, algún carteris-

ta haría su agosto en aquel caluroso mes de mayo.

Domiciano y Rafaela, que formaban parte de la expedición de jubilados, contemplaban con mirada codiciosa cuanto se ofrecía a su vista.

Se les apetecía todo. El, de manera especial, no podía apartar los ojos de un tendete más grande que los demás en el que se mostraban, en mezcolanza impresionante, toda clase de aparatos relacionados con la música.

Tímidamente, se acercó al tablero que hacía las veces de mostrador. Rafaela, como a remolque, siguió sus pasos.

“¿Qué vas a hacer, Domi? Ten cuidado; no te timen. Ya sabes que en estos sitios...”

“No empieces, Rafa. Sé muy bien lo que quiero. He pensado que si encontrara un aparato para Adrián, que está como una tapia, quedaríamos como los ángeles. Se enteraría todo el pueblo”.

“Oye, no está mal pensado. Pero, la verdad, Domi, no te dejes convencer enseguida. Eres demasiado inocente”.

“Descuida, mujer. Ya sé cómo se llama el chirimbolo ese. Es el Sonotone”.

“De todas maneras no te fíes, Domi”.

Rafaela conocía sobradamente la candidez que, como enfermedad crónica, aquejaba a su marido, siempre deseoso de aparentar unos conocimientos muy por encima de los que poseía realmente.

La verdad era que, nacidos los dos en Becilla de Valderaduey, la población más importante que conocían hasta aquel momento era Astorga, donde habían vivido desde su matrimonio, él como empleado de una pescadería y ella como cocinera en una fonda.

Fuera del trabajo, sus diversiones preferidas eran el ahorro y los seriales de la televisión y radio, por este orden precisamente.

Una vez al mes, adquirían “Marca” y “El Caso”, con cuya lectura encontraban satisfechas ampliamente sus ansias culturales.

Nada tenía de particular, por tanto, que Rafaela, conocedora de la maldad humana gracias a los estremecedores casos de El Caso, temiera justificadamente la candidez de su marido.

Por su parte, Domiciano, que era capaz de recitar de memoria las alineaciones del

Betis y el Atlético de Madrid en el memorable partido jugado el 26 de febrero de 1951, estaba absolutamente in albis con referencia a otras verdades de la existencia.

El estado de su intelecto debía reflejarse claramente en el rostro de Domi, pues el propietario de tantos tesoros musicales, habituado a sacar partido de situaciones semejantes, le dejó “cocerse en su jugo” un buen rato antes de preguntarle, naturalmente sin manifestar más que un superficial interés, si deseaba alguna cosa.

El ex-pescadero, tratando de aparentar mayor aplomo del que sentía, quiso saber si, entre todo aquello -aquí, Domiciano se apuntó un tanto al conseguir introducir un tono netamente despectivo- había algún aparato para sordos.

Aunque la multitud no era consciente del hecho, allí estaba a punto de acaecer algo muy gordo. Ante la magnitud del inminente suceso, el vocerío debería haber decrecido de inmediato. Pero no fue así. Cosas parecidas debían ser moneda corriente y, por ello, la muda declaración de guerra entre el avisado vendedor de útiles para melómanos y el ex-detallista de peces muertos pasó desapercibida.

El feriante, mostrando todos los dientes en amplia sonrisa que hubiera bastado para persuadir a personas más cautas que Domi de la conveniencia de salir de estampida, se inclinó ocultando las manos bajo el tablero que le separaba del público.

Cuando se enderezó de nuevo, con la soltura de un prestidigitador, enseñó un reluciente aparatito.

“Juego de manos, juego de villanos”, cuchicheó nerviosamente Rafaela al oído de su media naranja.

“Aquí tiene usted lo más moderno para minusválidos de las entendederas”, exclamó el mercachifle, exhibiendo otra vez la deslumbrante dentadura.

“Y lo más barato. Es un artículo Made in Japan. Ya se sabe; los japoneses fabrican mejor y a menos costo... como sólo comen arroz...”, añadió resumiendo en breve frase todo un tratado de economía dietética.

“Oiga -respondió Domiciano, dejando sentado de una vez por todas que a él no se le daba con queso-, eso no es un Sonotone. Es un Sony”.

“Claro. Ya le he dicho que es japonés. El Sonotone es de patente americana. El que tiene en la mano es un Sonytone. Démelo un momento. Moviendo esta palanquita, se enciende. Tome; ¿ve usted la luz roja?; pues ya está en funcionamiento”.

“Pero, si no se oye nada”, se quejó Domi.

“Naturalmente”, corroboró el de la blanca dentadura. “Primero hay que ponerse en un oído este pequeñísimo auricular que va conectado por este cable casi invisible. Luego, se mete el aparato, así, en el bolso superior de la chaqueta. De esta manera, prácticamente no se ve ni una cosa ni otra”.

“A ver, a ver”, contemporizó el de Becilla de Valderaduey. “Sigo sin oír nada de nada”.

“Pues claro. Para oír con este aparato hay que estar sordo como una pared. Emite en una frecuencia que los afortunados que oímos bien no percibimos. Si no fuese así, podría venderle a usted una caja de betún, acercársela al oído y oiría perfectamente, pero no gracias a la caja de betún”.

“Anda, pues es verdad”.

“Además, esta obra de arte está dotada de algo que no tiene el Sonotone. Cuando el desgraciado sordo está hasta el gorro de escuchar las memeces que se dicen a su alrededor -siguió con un rostro como piedra berroqueña el convincente charlatán- oprime este interruptor y cierra el auto-parlante primario. Simultáneamente, el ultramonitor sensoauditivo secundario capta las ondas trifásicas comburentes y, separándolas de las argónicas, pone en marcha la cinta magnetofónica incorporada. De esta forma, comienza a escuchar la música de su elección”.

“¿Hay que enchufarlo a la corriente?”, quiso enterarse Domiciano, a quien, por lo visto, no se le escapaba nada.

“¡Qué va, hombre, qué va! Ese estilo ya no se lleva. Ahora todo funciona a pilas. Este Sonytone utiliza dos de 1,5 voltios, cada una. Está demostrado que cada pila tiene chicha, quiero decir, corriente, para escuchar 150.000 palabras trisilábicas. O sea, que con las dos alcanza 300.000. Muchísimas más de las que diría en unos dos meses cualquiera que no sea predicador, político o feriante como yo”.

“Bueno, el cacharro me gusta pero, ¿qué me dice del precio?”.

“Sin ofenderme por lo de cacharro, que supongo será una broma, como creo que va a ser para un regalo, puesto que usted no lo necesita, le haré un precio especial. Se lo dejaré en 15.500 pesetas”.

“Pero, ¿qué dice, hombre de Dios? Eso es un robo. ¿Quiere tomarme el pelo? Va



que arde con 10.000”.

“Oiga, oiga. De robo, nada, y de arder, tampoco. Si quiere, partimos la diferencia. 12.500, y es suyo”.

“De acuerdo, si añade un par de pilas de repuesto y una cassette de Manolo Escobar”.

“Vale, vale. Es usted intratable. Por curiosidad, ¿es usted comerciante?”.

“Lo fui antes de jubilarme, sí”.

“Ya decía yo. Eso se ve enseguida. Bueno, pues como es usted de la profesión, voy a envolverlo en un papel para regalos y atarlo con una cinta. Tome, mire qué bien ha quedado”.

El paquetito resultaba una preciosidad, así que Domiciano sacó la cartera, eligió las 12.500 pesetas en los billetes más viejos que encontró en su abultado contenido, se hizo cargo de la compra y, seguido de Rafa, que aún no las tenía todas consigo, se alejó del lugar del crimen.

A Rafa le molestaban los zapatos. Había tenido la desdichada ocurrencia de estrenar unos de charol que le oprimían los pies de manera intolerable y la suma de la estrechez del calzado, el calor y el piso desigual estaba convirtiendo lo que podía haber sido un delicioso paseo en un verdadero suplicio.

No podía dar un paso más. Por suerte, vieron allá al final de una de las hileras de puestos un recinto cercado con cuerdas, habilitado como bar, con cierto número de sillas y mesas de madera.

Cuando se acercaron al lugar, advirtieron que desde uno de los rincones, alguien les hacía señas. Eran Ramón, Juan y Paco, sentados confortablemente a la sombra de un espeso techado de ramaje.

Sin hacerse de rogar, se acomodaron al lado de sus compañeros. Domi pidió un vaso de vino y Rafa, tras despojarse de las charoladas botas malayas, un refresco.

La última, sentada muy tiesa en la silla, con el pelo blanco recogido en un apretado moño sobre la nuca, observaba impasible, a través de los gruesos cristales de las gafas de concha, el ir y venir de la gente. Mantenía el bolso sujeto con las dos manos ante el desarrollado torso, pareciendo desafiar a que un mundo de desequilibrados intentase despostrarla de su tesoro. Era la personificación de la sensatez, la encarnación del sentido co-

mún.

Por el contrario, su consorte -bastante más bajito- a primera vista causaba la impresión de un gallito presumido y ufano dispuesto a soltar en cualquier momento un estentóreo quiquiriquí. Pero si se le observaba con mayor atención, no se conseguía otra cosa que perder el tiempo y ratificarse en la opinión ya formada.

De cabeza voluminosa y manos y pies diminutos, sugería la idea de disponer de una voz atiplada en consonancia con su frágil aspecto y aniñada expresión. La sorpresa era general cuando se le escuchaba por primera vez, pues de aquella boquita infantil surgía, como de insondable sima, un sonido bronco y cavernoso que espantaba a los pasmados oyentes.

Tan pronto como, con ásperos sonos, hacía uso de la palabra, todo callaba a su alrededor. Aníbal, en el paso de los Alpes, debió hacerse obedecer por los elefantes con bocinazos semejantes a los proferidos por Domiciano, ya un tanto marcado por su nombre de tribuno romano.

Los reunidos alrededor de la mesa, hablaron de todo y de nada. Terminado el breve parlamento de Domi, dos señoras sentadas en una mesa próxima, se levantaron apresuradamente asegurando que se acercaba la tormenta. Habían oído truenos.

Paco comentó, con buen humor, cómo habían tratado de venderle un jersey con una sola manga.

Juan relató socarronamente el follón que se armó cuando un comprador advirtió que le habían vendido dos zapatos de distinto número.

Ramón, después de lamentar que allí no se vendiese sidra, trató de finalizar el tema que estaban comentando diciendo: “Mirad, a mí me parece que si en estos sitios engañan a alguien es porque está pidiendo a gritos que le estafen”.

Domi fue del mismo parecer. Su asentimiento fue el causante de que una bandada de gorriones, posados a unos veinte metros, levantase el vuelo precipitadamente, desapareciendo en la lejanía.

“Lo que sucede, aseguró categórico el castellano, es que la gente compra sin conocer exactamente las características de lo que adquiere. Nosotros hemos comprado...”

“Tú has comprado”, interrumpió fríamente Rafaela. “Ya te he dicho que yo no me fiaba ni un pelo de aquel bocazas. Así que a mí no me mezcles. Si luego resulta que te ha

colocado una plancha eléctrica por un Sonotone y tu amigo Adrián tiene que oír con la oreja sobre la tabla de planchar o planchar con la oreja, no...”

“Basta ya, Rafa”, cortó enfadado el rugiente Becillense. “No nació todavía el ferriante que me pueda engatusar. Sabía perfectamente lo que hacía”.

“Pero bueno”, terció Paco en un intento de restaurar la paz. “¿Se puede saber qué os ha pasado?”.

“En realidad, no ha pasado nada. He comprado un Sonytone para un amigo de Astorga que está más sordo que una tapia, pero antes...”

“Perdona, Domiciano”, interrumpió Ramón. “Dices que has comprado un Sonytone. Yo he oído hablar del Sonotone, pero ni una sola vez del Sonytone. ¿No te habrán dado gato por liebre?”.

“De eso nada. Se trata de un aparato para sordos fabricado en Japón por la casa Sony. El Sonotone es norteamericano. Estoy bien enterado, pero esta mujer siempre está lo mismo; es más desconfiada que una lagartija”.

“Yo no tengo idea de quién fabrica el Sonotone, ni si es americano o chino. Me da igual” -dijo Paco. “Lo que me extraña muchísimo es que en un lugar como éste se vendan artículos especializados”.

“En una ocasión tuve en la mano un Sonotone”, intervino una vez más Juan. “Supongo que serán todos parecidos. Si quieres que lo veamos...”

“Me da no sé qué deshacer el paquete. Luego no quedará igual, pero en fin. Si va a servir para tranquilizar a mi señora, vamos allá”, concedió de evidente mala gana Domi.

Con delicados tironcitos por aquí y allá, procedió a desenvolver el artefacto origen del disgusto surgido entre la pareja de astorganos.

Cuando el elegante papel que ocultaba el Sonytone fue cuidadosamente retirado para no arrugarlo, los ojos de los asistentes a la operación permanecieron clavados unos instantes en Juan. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Esperaban el veredicto.

La situación se prolongaba más de lo normal y, por fin, Domiciano no pudo dominar su ansiedad.

“¿Qué?”, preguntó roncamente.

Juan, consciente de que su respuesta iba a originar una trifulca de incalculables consecuencias, no se animaba a contestar. Pero no tuvo más remedio que hacerlo.

“Esto -dijo, tomando el aparato con mano insegura- no es un útil para sordos. Es un Walkman. Pueden adaptársele unos cascos ligeros o un auricular como este que trae conectado”.

En el pesado silencio que se hizo en torno a la mesa, pudo escucharse con mayor intensidad el estrépito que reinaba en el espacio ocupado por el mercadillo.

“Ladrón, condenado chorizo, -exclamó el timado maragato- ésta me la paga, como me llamo Domiciano”.

Iracundo, se levantó de un salto y, tratando de apoderarse del aparato, aún en poder de Juan, lo tiró al suelo.

Entonces se produjo un hecho que llenó de consternación a los presentes. Con el golpe recibido al caer al suelo, el endemoniado trasto se abrió en dos mitades y, en su interior, allí donde deberían aparecer condensadores, transistores y otras zarandajas por el estilo, únicamente se veían unas bolsitas de plástico transparente conteniendo polvo blanco parecido a la harina.

“Encima, con recochineo -rugió Domiciano, hecho un basilisco. No tiene más que contrapeso. A este tío lo mato”.

“Qué contrapeso ni qué niño muerto -contradijo Rafaela. Eso es droga. Lo menos, cocaína. Lo explica muy bien El Caso. El hombre de los dientes como fichas de dominó que te vendió ese chirimbolo es un traficante que se equivocó dándote un cacharro por otro. Así que nada de golpes. Esto es un asunto para la Brigada Antidroga”.

La cuestión estaba bajo control; en buenas manos. Las esporádicas lecturas de El Caso habían producido sus frutos y ahora Rafa, desaprovechando elegantemente la ocasión de lanzar ese desagradable colofón de “ya te lo decía yo”, cosa que ponía en evidencia su espíritu superior, se limitó a recoger del suelo el corpus delicti y, con su esposo y amigos, se fue serenamente a la busca de un agente del orden, cuidando muy mucho de no volver a pasar ante el puesto expendedor de estupefacientes.

No les llevó mucho tiempo dar con un representante de la ley que, sin excesivas palabras, les condujo a una Comisaría Móvil. Allí, en pocos minutos se organizó la operación captura del vendedor de Sonytones de quien, al parecer, venía sospechándose sin disponer de pruebas materiales.

Rodear el tenderete con agentes de paisano y sorprender al propietario de la des-

lumbrante dentadura, tan falsa como él mismo, con las manos en la masa, fue juego de niños.

Entre las existencias se encontró un elevado número de aparatos cargados con el mortífero polvillo tan fácilmente reconocido por Rafa.

El embaucador resultó ser el traficante más buscado de Baleares y su detención, un verdadero éxito.

Cuando el Jefe de la Brigada Antidroga felicitó calurosamente a la excocinera por su presencia de ánimo y rapidez de reflejos, Domiciano dijo algo que llenó de perplejidad a todos los presentes y a Rafa de un comprensible gozo.

“En cuanto lleguemos a Astorga, te voy a suscribir a El Caso por diez años”.

## 7. LAS DOS HERMANAS

Violeta y Genciana eran gemelas. La mayor, concebida en primer término y nacida, por tanto, la última, cuidaba de su hermana con tal solicitud, que las insistentes prédicas con que la perseguía incesantemente, conseguían que los ocasionales testigos rieran a carcajadas o se sintieran violentísimos.

Que a los setenta y dos años Violeta prodigase a troche y moche aquellas recomendaciones, indicadísimas si Genciana hubiera tenido siete años, podría resultar conmovedor porque, en el fondo, eran la manifestación de un cariño sin límites. Sin embargo, las palabras utilizadas y las ocasiones en que se producían prestaban a la situación ese patetismo rayano con lo ridículo que pone al descubierto la veta de crueldad que, más o menos oculta, todos llevamos dentro.

Habían vivido siempre juntas y desde que, a los veinticinco años, sus padres habían fallecido en un horrible accidente ferroviario, eran como el palo que sostiene a la planta y la planta misma. Cuando aquel hecho trágico sucedió, hacia algún tiempo que tenían colgados en la sala los títulos de Magisterio. Hasta entonces, no habían trabajado nunca, pero la necesidad apremiaba y se vieron en la obligación de comenzar a hacerlo. De todas maneras, aguardaron la oportunidad de disponer de dos plazas en el mismo centro escolar. No soportarían una separación por breve que fuera.

Mientras tanto, pasaron necesidades y verdaderos apuros. Al fin, la fortuna les sonrió y Violeta y Genciana tomaron posesión de sus puestos en una escuela de Pravia, Asturias, lejos de su Salamanca natal.

Muy próximo al lugar donde iban a ejercer su honrosa profesión, encontraron un apartamento diminuto, pero suficiente. No pretendían llevar una vida mundana, con reuniones en su casa, ni nada semejante.

El dormitorio, capaz para dos camas, el cuartito de estar, la cocina y el cuarto de baño era cuanto precisaban. ¿Para qué mayor? De todas maneras, cuanto más reducido fuese, menos tiempo deberían dedicar a su limpieza y cuidado. Las dos hermanas pusieron en la enseñanza su inagotable capacidad de amar; su generosidad y entrega fue muy pronto conocida y apreciada por todo el pueblo. Con el paso de los años, se convirtieron en dos figuras respetadas cuya opinión y consejo eran requeridos para los asuntos más

dispares. Era frecuente que hombres mayores, casados y con hijos, acudiesen a ellas en busca de guía. No habían olvidado que, cuando eran chicos, sus palabras sensatas llenas de buen juicio, les habían sacado de más de un apuro.

Violeta y Genciana se convirtieron, sin proponérselo, en una institución bicéfala que continuó distribuyendo su benéfica influencia particular mucho tiempo después de cesar en la oficial. Llegado el momento de abandonar la enseñanza y, con él, la hora del retiro, hicieron un pequeño balance de la situación.

A Salamanca, ya no les ataba nada. Carecían de parientes y, aunque los tuvieran, después de tantos años de separación, qué conservarían en común. Probablemente nada. Entonces, ¿qué determinación adoptar? En realidad no era necesario tomar ninguna decisión. Bastaba con no hacer nada, es decir, continuar viviendo en Pravia, como hasta la fecha.

No sería lo mismo que hasta entonces. Les faltaría el gozo causado por el diario contacto con los niños y niñas que, curso tras curso, constituyó la válvula de escape de su ternura de solteronas. En aquella infancia pueblerina habían sublimado los sentimientos maternos frustrados por la existencia austera y casi monacal que fue siempre su forma de vivir.

No obstante, todo no se perdería. Continuar residiendo en Pravia significaría no perder de vista a sus antiguos alumnos, promociones enteras de chicos de ambos sexos que, llegados al estado adulto, crearían nuevas familias y tendrían hijos -a los que no enseñarían, era cierto- a los que seguirían de cerca.

El único cambio que aportó la doble jubilación fue el recrudescimiento de sus actividades extraescolares. El Ropero de San Vicente, la Asociación de Caridad, la Agrupación para la Atención a los Minusválidos y otras organizaciones de tipo benéfico recibieron su desinteresado esfuerzo personal. Se volcaron sin regateos en todo lo que pudiera contribuir al bienestar de pobres, enfermos, niños y ancianos.

Si hasta entonces Violeta y Genciana habían sido una institución, un par de años más tarde se transformaron en algo sin nombre, pero con tal autoridad moral que, aún sin asistir a los plenos del ayuntamiento, sus opiniones eran tenidas en cuenta. Venían a ser algo así como el poder fáctico por encima de todos los poderes fácticos e ilusorios.

Gobernaban -su actuación no podría ser denominada de otro modo- con tanta pru-

dencia y sabiduría que, a ser otra la fuente de donde emanaba la autoridad y de distinta naturaleza los mandatos, la suave y dulce dictadura se hubiera trocado en peligrosa tiranía. En la peor de todas; aquella en la que el oprimido no tiene conciencia de serlo y vegeta inconsciente de que carece de libertad, en la ignorancia de haber perdido la capacidad de hacer uso del íntimo albedrío.

En Pravia no sucedía nada de esto. Las dos hermanas aconsejaban, insinuaban, apuntaban una dirección determinada y, como sus sugerencias rebosaban sensatez y realismo, se hacía como ellas preferían. Eran dos déspotas benévolas, ignorantes de su capacidad para el abuso.

Sin querer, se habían convertido en una especie de guía espiritual, social, económica y urbanística aceptada por la mayoría. Era de suponer que en algún oscuro rincón se ocultaría la oposición, presente en un reino mucho más celeste que Pravia. Pero debía ser tan reducida la militancia, que su voz no se hacía oír. Además, de qué se podría quejar la supuesta oposición. Hubiera sido pedir gollerías.

Todo marchaba sobre ruedas. No existían problemas dignos de tal nombre. Incluso el equipo de fútbol había ascendido de categoría. ¿Existiría alguna relación entre este hecho y la conferencia titulada “Mens sana in corpore sano”, que Violeta había pronunciado la temporada anterior en el Casino?

La satisfacción era general en todos los terrenos, así que nada tenía de particular que cuando en el pueblo se supo que uno de los Bancos, establecido en la localidad hacía muchos años, organizaba un viaje a Palma de Mallorca, las fuerzas vivas comenzaron a conspirar al objeto de lograr que Violeta y Genciana utilizaran la oportunidad para conocer Baleares y tomarse unos días de bien ganado reposo. Habían pasado más de treinta y cinco años sin que, las pobres, abandonaran aquel rincón.

Se celebraron varios conciliábulos en los que, vanamente, se trató de encontrar el medio adecuado para que las dos hermanas realizasen el desplazamiento sin cargo a su peculio particular. No era que ellas carecieran de fondos para sufragar las ciento y pico mil pesetas a que se elevaba el precio del viaje. No gastaban ni la mitad de lo que ganaban. Eran sumamente ahorradoras pese a sus constantes obras de caridad. Lo que quería el pueblo era invitarlas con el producto de una suscripción popular.

Pero, las conocían bien. Se negarían en redondo a invertir el dinero en algo no ab-



solamente necesario. Estaban seguros de que exigirían la compra de jerseys para los pobres, un televisor para el Hogar de Desplazados o algo parecido.

La suerte se encargó de sacar a aquella buena gente del atolladero en que se encontraban. Parte de los billetes para el viaje era sorteada en Oviedo, ante notario, y las dos hermanas fueron favorecidas con dos plazas gratuitas.

La primera en conocer su buena estrella fue Violeta. Había acudido a la sucursal del Banco organizador y el empleado que la atendió en la ventanilla, uno de sus antiguos alumnos, le rogó que aguardara un momento. El director estaba atendiendo a otro cliente, pero tenía gran interés en hablar con ella.

Doña Violeta esperó. Se preguntaba qué sería lo que el director, otro de sus ex-alumnos, querría decirle. Pero solamente se sentía intrigada. De ninguna manera intranquila. Más de una vez, bastantes años atrás, le había limpiado la nariz al mocosito que se había transformado en el mandamás de la agencia bancaria donde tenía domiciliada su pensión, la de Genciana y las cuentas de ambas.

Mucho antes de que su paciencia iniciase una protesta, la espera terminó. Antoñito, el director, vino en su busca y, con una mezcla de cariño y respeto, la hizo pasar al despacho. Sentados ambos al mismo lado de la mesa, sin la barrera que ésta representa y que no hace más que separar simbólicamente y realmente los intereses de quienes se entrevistan, Antoñito, después de interesarse por la salud de su interlocutora y de su hermana, preguntó:

“Y, ¿qué me dice usted de las islas Baleares?”.

“Hombre, ignoraba que te hubieras decidido a ampliar estudios. Eso te irá bien. Aunque has sido siempre un buen estudiante, debe hacer años que no lees otra cosa que ‘El Economista’. Realmente, te honra el deseo de saber...”

“Que no, doña Violeta; que los tiros no van por ahí”.

“Bueno, pues si la pregunta va en serio, te diré: el archipiélago Balear está constituido por...”

“Tampoco, doña Violeta. Perdóneme. No he sabido plantear correctamente el asunto que quería comunicarle. Lo que deseaba preguntarle era lo siguiente: ¿qué le parecería hacer un viaje de quince días a Palma de Mallorca?; naturalmente acompañada por doña Genciana. Alojamiento en un hotel de tres estrellas, al lado del mar y a diez minutos

del centro de Palma. Desde allí, varias excursiones en autocar a Valldemosa, Pollensa, Manacor, Alcudia, Porto Cristo, etc. El desplazamiento hasta Barcelona, en un cómodo autobús; desde allí a Palma en un hermoso barco”.

“Pues, ¿qué te voy a decir, hijo? Lo primero que se me ocurre es preguntarte si has cambiado de profesión y ahora trabajas para una agencia de viajes. Luego, afirmar que me agradecería muchísimo realizarlo. A continuación, que me resulta imposible, pues debe de ser carísimo y, encima, tanto mi hermana como yo tenemos muchísimas cosas que hacer aquí. Figúrate cuánto nos gustaría ir”.

“Sigo fallando lamentablemente, doña Violeta. No sé qué me sucede hoy. Nuestro Banco organiza viajes como éste para quienes, tal como usted y su hermana, tienen domiciliadas sus pensiones aquí. Además, para darles mayor atractivo e interés, sortea entre los que se encuentran en esas condiciones varias plazas. Doña Genciana ha sido agraciada con un viaje para dos personas. Así que pueden ustedes conocer Palma de Mallorca absolutamente gratis”.

“¿Estás seguro, Antoñito? Parece demasiado hermoso para ser verdad”.

“No existe la menor duda. Ya me lo habían adelantado por teléfono, pero preferí esperar a recibir la confirmación por carta. Mire, aquí tiene. Vea el nombre de doña Genciana. Ahora, no tienen disculpa. Cuando se enteren en el pueblo, se montará un motín si se niegan a aceptar el ofrecimiento”.

“Tienes razón, Antoñito. Iremos encantadas. De convencer a Gencianita me encargo yo. En último extremo, la amordazo, la meto en una maleta y va. Vaya si va. Aunque no creo que sean precisos estos procedimientos de choque”.

Cuando la portadora de tan buenas nuevas llegó a casa, Genciana terminaba de preparar la mesa. Comían temprano, como si no se hubiera roto la rutina de horario escolar que las había obligado durante muchos años a almorzar a la misma hora que sus discípulos.

Desde la entrada del piso, mientras se despojaba del impermeable que el día, con chaparrones intermitentes, había aconsejado, Violeta gritó imperativa:

“Genciana, deja lo que estás haciendo y ven aquí. Inmediatamente”, añadió al observar que no recibía respuesta.

La hermana menor acudió presurosa con dos vasos en una mano y las servilletas

en la otra. Conocía a su gemela y sabía perfectamente que si la llamaba de aquella forma algo muy grave sucedía.

“¿Qué ocurre que das esas voces? ¿Ha sucedido alguna catástrofe?”.

Inconscientemente, Violeta cometió el mismo error de enfoque que Antoñito y preguntó:

“¿Qué me dices de las islas Baleares?”.

“¿Se trata de una pregunta retórica o tus palabras tienen algún significado oculto que se me escapa?”.

“Perdona, Gencianita. Estoy tan aturulla

ra. Lo de madrugar no tenía arreglo, pero, de esta manera, se evitaban perder una noche en Oviedo.

Aún no había amanecido cuando el afable director de la sucursal tocaba el timbre en casa de las jubiladas. Ya estaban preparadas y las maletas cerradas. Antoñito, accidental mozo de cuerda, se hizo cargo del equipaje y todo el cuerpo expedicionario, sin armas pero con bagajes, descendió las escaleras.

En la calle les esperaba una sorpresa. Medio pueblo se había reunido ante el edificio para tributarles una cálida despedida. Algunos pijamas asomaban por debajo de los pantalones y se veían rulos y redecillas, pero lo que contaba era la intención. Además, tampoco era como para vestirse de etiqueta.

Por un momento, Antoñito sintió el temor de que alguien, arrastrado por la emoción, se lanzara embarcándose en un largo discurso que exigiese la correspondiente respuesta. Pero, aparte de la entrega de un par de ramos de flores y unas bolsas de fruta procedente de San Román de Candamo -como se sabe, la mejor del mundo- no hubo problemas.

Tras una breve despedida colectiva y las apresuradas palabras de agradecimiento, entre aplausos y gritos de adiós, el coche se puso en movimiento y pronto Pravia se perdió en la lejanía, que no en el recuerdo.

Cuando llegaron a Oviedo, amanecía. La mañana estaba bastante fría y, por ello, hasta que llegó el autocar minutos más tarde, las dos hermanas no abandonaron el automóvil. Paseando ante el hermoso edificio de la Diputación, unas cuantas personas también aguardaban. Se trataba, sin duda, de los compañeros de viaje.

A las ocho menos veinticinco, con las maletas reposando en las amplias entrañas del vehículo y todo el mundo en su sitio, se inició el viaje.

La primera parada se efectuó en Mieres. Tan pronto como los cinco expedicionarios que, por residir en la villa minera, se unían al grupo en aquella localidad, estuvieron a bordo, la marcha volvió a iniciarse.

Cruzando el Valle del Huerna, Pablo, el jefe de expedición y la esposa del mismo distribuyeron paquetitos de bombones con los que la entidad organizadora obsequiaba a sus clientes. Más tarde, el ayudante del conductor, en nombre de la empresa de transporte, regaló libros de relatos. Este detalle cultural puso una chispa de alegría en los corazos-

nes de Violeta y Genciana. ¡Aquel viaje que comenzaba con tan excelentes auspicios, forzosamente tendría que terminar bien!

Más adelante, recibieron nuevos obsequios. Las señoras, estuches de manicura y los caballeros, billeteras de piel. Era otro regalo de su banco.

El trayecto no se les antojó tan desesperadamente largo como habían temido. Tu- vieron ocasión de cerrar los ojos para no contemplar la película de vídeo que les proyec- taron, pues contenía excesiva violencia y ellas eran la versión femenina y duplicada de Ghandi. Observaron el paisaje castellano, tan distinto al que acostumbraban a ver en su patria de adopción, que desfilaba velozmente ante sus ávidos ojos.

Tras la parada para efectuar el almuerzo, ya en tierras de La Rioja, de nuevo en camino y, al oscurecer, se encontraron en la populosa Barcelona con sus amplias aveni- das profusamente iluminadas y bordeadas de árboles. Pronto se hallaron en el puerto, en la Estación Marítima, a la vera de la conocidísima estatua de Colón.

Cuando se vieron al pie del Ciudad de Badajoz, el blanco ferry que habría de lle- varles hasta Palma, una sensación de angustia se apoderó de ellas.

Genciana, la más timorata, convirtió en palabras el pensamiento que ocupaba am- bas mentes. “¿Tú crees que no habrá...?”, dejando la frase sin terminar. No era necesario continuarla.

Violeta, con cara de duda, pero decidida a no mostrar su temor, se limitó a respon- der:

“No seas tonta, mujer”.

Alrededor de las doce de la noche, el barco desatraco lentamente y, con movimien- to apenas perceptible, se hizo a la mar. Las dos hermanas ya se encontraban en el cama- rote que les había sido asignado. Lo compartían con otra señora que viajaba sola forman- do parte de su propio grupo. La única concesión hecha a la presencia de una extraña, con- sistió en rezar sus oraciones acostadas en las literas y no, como lo hacían todas las no- ches, de rodillas en el santo suelo. Suponían que la postura sería lo de menos y que lo importante era la voluntad. Y así debía ser, pues la travesía transcurrió, para ellas, sin el menor percance. Durmieron toda la noche como benditas y, poco antes del amanecer, fueron despertadas por un camarero a quien encargaron encarecidamente aquella misión.

Cuando salieron a cubierta hacía frío. Por detrás de un escarpado islote rocoso, el

sol, invisible aún, comenzaba a teñir de tonos rojizos el cielo y el mar agitado solamente por el paso del ferry.

No habían sido ellas las únicas que habían tenido la misma idea. Grupos de viajeros aguardaban pacientemente la aparición del disco solar. Esperaban en silencio como sobrecogidos por la solemnidad del momento que se avecinaba. Engañaban su impaciencia dando los últimos toques a los aparatos fotográficos, colocando filtros especiales y eligiendo los ángulos más apropiados.

Arrebujadas en sus ropas de entretiempo, Violeta y Genciana, con la mirada fija en el islote, acechaban el instante en que se produciría el milagro.

Finalmente, el sol, como una bola de fuego inmensa, inició su aparición. Las escasas conversaciones mantenidas en voz baja, cesaron por completo. Así debió ser el primer día en que el astro brilló sobre la tierra helada y en tinieblas.

Las dos hermanas, sobrecogidas por la emoción, no sabían dónde dirigir los ojos que, por otra parte, seguramente a causa del repentino estallido de luz, sentían anegados en lágrimas.

Con voz entrecortada y en un cuchicheo apenas audible, Genciana hizo el comentario de que al espectáculo solamente se le podía añadir música, por ejemplo, la Patética, de Tchaikowsky.

Violeta, aún asombrada por la grandiosidad de la visión que, lentamente, iban dejando a popa, asintió con un movimiento afirmativo de cabeza. Todavía no se sentía lo suficientemente segura de poder hablar serenamente.

Menos de dos horas más tarde, atracaban en el muelle de Palma. Al pie de la Estación Marítima aguardaba otro autocar que, tras un breve trayecto, atravesando cuidadosos campos en los que abundaban los molinos de viento, trasladó a la expedición a C'an Pastilla, conjunto de urbanizaciones y grandes hoteles entre los cuales se encontraba el que iba a alojarla durante la quincena.

Después del almuerzo en un enorme comedor semejante a la torre de Babel a causa del variado número de lenguas que, animadamente, se hablaban, Violeta y Genciana subieron a su habitación. Deseaban descansar un rato pues, aunque no deseaban confesarlo, experimentaban cierto cansancio.

A las cinco de la tarde se lanzaron a la calle. Deseaban dar un paseo para estirar las

piernas y conocer el lugar.

A dos pasos del hotel se encontraron a las puertas de un gran almacén que exhibía buen número de artículos a la venta en colgaderos y estanterías que ocupaban gran parte de la acera. El instinto previsor de Violeta le hizo buscar algo para protegerse la cabeza de los ardientes rayos del sol que aún lucía. Erróneamente no creyó que su estancia en Baleares iba a verse presidida por el calor que en aquellos momentos se hacía sentir.

Tras abundantes titubeos y pruebas interminables, terminaron adquiriendo un par de gorras de béisbol dotadas de descomunales viseras. Azules y con las palabras “Black Bulls” bordadas en hilo plateado, les sentaban como un tiro. Constituían indigno remate a sus solemnes vestidos negros, de corte severo y anticuado, a las medias y zapatos bajos del mismo color.

Con aquellos aditamentos sobre las testas, las cintas de terciopelo oscuro que rodeaban sus arrugadas gargantas resultaban más conspicuas e incomprensibles. De todos modos, eliminaban de raíz toda posibilidad de atrapar la temida insolación contra la que tanto les habían prevenido en la península.

No habían hecho más que caminar unos pasos desde la puerta de los almacenes, cuando las dos hermanas se detuvieron al unísono. Ante ellas, como llovido del cielo, se hallaba lo que fue el sueño de su vida. Una carretela descubierta tirada por un caballo al cual su dueño, quizás por las mismas razones que dictaron la reciente compra de los dos gorros, había dotado de un sombrero de paja con orificios para asomar las orejas.

“¿Tú crees, Violeta...?”, inquirió Genciana sin tomarse la molestia de continuar, pues a aquellas alturas eran innecesarias las frases completas.

“Creo, Genciana, creo”, respondió Violeta.

Y, sin más, con sendos saltos que, por su agilidad y presteza, dejaron asombrado al cochero, se encaramaron al asiento.

“¿Quieren ustedes que baje la capota?”, les preguntó todavía sorprendido el conductor de la antigualla rodante.

“No, no. Muchas gracias. Ya llevamos la nuestra”, bromeó Genciana con sonrisa pícara.

“¿A dónde las llevo, señoras?”.

“Allá al fondo. Según nos han dicho, se llama El Arenal. Pero somos señoritas”.

“Están bien informadas, señoritas. Aquello, efectivamente, es El Arenal. Vamos, Jordi”.

“Usted perdone, pero vaya nombrecito que le ha puesto al caballo”.

“El que merece. Conozco personas más brutas que este animal”.

Las dos hermanas ignoraron la respuesta pues iban demasiado abstraídas en lo que podían contemplar. A su derecha, como a quince o veinte metros, la larguísima cinta de arena blanca, la playa de casi cinco kilómetros; luego, el Mediterráneo, cuyas aguas, de un azul verdoso, no experimentaban movimiento alguno. ¡Qué distinto del Cantábrico!

A la izquierda, hoteles, restaurantes, cafeterías, supermercados, heladerías y, en la interminable acera, una verdadera multitud de paseantes vestidos con las más disparatadas ropas de variadísimos colores y tonalidades. Junto a un enorme barbudo con blusón hasta los pies, una negra en bikini y botas de cuero hasta los muslos. A su lado un melnudo casi albino, descalzo y fumando en pipa, con elegante traje de seda blanca y pañuelo de lunares rojos al cuello.

Por la misma calzada, autobuses, motocicletas y coches pasaban en ambas direcciones atronando a los transeúntes indiferentes.

El aire soplaba en su contra y traía, mezclado con el olor a fritanga, el que despedía el pobre Jordi pero, el cochero ya estaba habituado y las dos hermanas, excesivamente absortas en el gigantesco caleidoscopio sonoro en que se encontraban sumergidas para poder advertir el rancio perfume.

Cuando hubieron recorrido aproximadamente la mitad del paseo marítimo y pudieron comenzar a liberarse de su asombro, notaron, no sin sorpresa, que la inmensa mayoría de los establecimientos se anunciaban con nombres de animales en inglés. Había también otros en idiomas desconocidos, pero la representación gráfica de los irracionales era suficiente.

Vieron, entre otros muchos, el Big Bear, White Squirrel, Little Cat, Patient Mouse, The Hen, Blue Bird, Coquettish Shark y, como contrapunto, en incontenible estallido de patriotismo, el reclamo de un establecimiento llamado El Pazo, el cual, al lado de sus menús, aclaraba en letras de gran formato: “Se habla español y gallego (¡qué puñetas!)”.

Al final del Paseo, el Club Náutico, mucho más amplio que el situado en el otro extremo, les permitió contemplar espléndidos yates cuyos cobres y maderas relucían co-



mo recién salidos de fábrica.

Allí despidieron al cochero y decidieron volver caminando. Esta vez andando por la parte más cercana al mar. Apenas habían iniciado la marcha, Violeta se detuvo bruscamente y pretendió llamar la atención de su

A pesar de los argumentos tranquilizadores que la más joven de las hermanas no cesaba de esgrimir, Violeta terminó por arrastrar a la enfurruñada gemela hasta la acera de enfrente desde la que no podía contemplarse el indecente espectáculo.

Lentamente, deteniéndose con frecuencia ante escaparates y tenderetes, fueron acercándose a su punto de partida. Se sentían fatigadas y, al pasar ante una heladería, decidieron tomar asiento y algo más frío que las ardientes sillas recalentadas por el sol que no hacía mucho caso de sombrillas y marquesinas.

Se recrearon tomando riquísimos helados en copa. Como, además de estar muy sabrosos, su tamaño hacía juego con la cantidad -ciertamente elevada- que hubieron de satisfacer por el privilegio, no expresaron en voz alta la opinión que, súbitamente, les mereció el propietario del establecimiento.

Luego, más despacio aún, reanudaron la marcha. Cuando llegaron al hotel, ya no estaban cansadas. Con admirable franqueza, reconocieron ante el encargado de recepción que, amablemente, les preguntó, que se encontraban hechas puré.

Por suerte, para el día siguiente no había programada ninguna excursión. Tendrían tiempo suficiente para reponerse antes de la visita a La Calobra y al Torrente de Pareis.

Tendría que pasar mucho tiempo antes de que las dos hermanas lograran olvidar el terror experimentado en aquel desplazamiento. Durante toda su vida serían incapaces de decir, con absoluta certeza, si soportaron más miedo en el ascenso que en el descenso. La experiencia se convirtió en un hito en su existencia, de tal modo que, al igual que muchas personas dicen “antes o después de la guerra”, ellas convirtieron el hecho en el mojón que separaría las dos mitades, desiguales por su duración, que no por la intensidad, de su paso por este mundo.

La cosa no era para menos. Desde el punto más elevado de La Calobra, aquella carretera infernal, conjunto de vueltas y revueltas siempre bordeando precipicios entre imponentes riscos, parecía haber sido proyectada por un enemigo de la tranquilidad de espíritu. En un punto llamado La Corbata, la ruta semejaba entrecruzarse consigo misma sin solución de continuidad.

La aparente indiferencia del conductor del autobús y las bromas del guía no hacían nada por mejorar el estado anímico de los viajeros que, en el mejor de los casos, lamentaban en silencio los errores cometidos hasta entonces; entre ellos, de los más significati-

vos, encontrarse allí en vez de en otro lugar cualquiera.

Violeta y Genciana, fervorosamente, rezaron cuantas oraciones, evocaciones y jaculatorias conocían y, en su pánico, llegaron a componer otras nuevas. Todo les parecía poco en aquellos momentos angustiosos.

Después de comer en la terraza del restaurante situado sobre una cala maravillosa, a escasos metros del mar azul-verdoso, visitaron el Torrente de Pareis.

El famoso torrente, pensaron las gemelas, podía pasar por algo maravilloso, pero únicamente para quienes no hubieran contemplado la garganta del Cares o el Valle de Onís desde el Mirador de Ordiales.

A su vuelta a donde aguardaba el autobús, recibieron la noticia que estuvo en un tris de cortar más de una digestión. Deberían regresar por el mismo sitio. No existía otra carretera alternativa.

La infausta nueva cayó como una bomba entre los desprevenidos excursionistas. Suele decirse que el miedo a lo desconocido es el de peor especie que puede sentirse. Sin embargo, allí se encontraban cuarenta personas dispuestas a jurar lo contrario.

Pese a los agoreros vaticinios que algunos fueron incapaces de reservarse para sí mismos, el regreso se realizó sin el menor contratiempo y, al final, ya en el hotel, todos se mostraban satisfechos de haber participado en la espeluznante aventura.

Con una jornada libre por el medio, tuvo lugar la esperada visita a la Cartuja de Valldemosa. Entre los asistentes se encontraban tres furibundos admiradores de Chopin que no podían contener su impaciencia por conocer el punto en que el músico había hallado inspiración para componer partituras cuya genialidad y romanticismo desafían indemnes el paso de los años.

Las dos hermanas, entusiastas del universal polaco, observaron, casi con religioso recogimiento, los dos viejos pianos sobre los que Federico hizo correr sus ágiles dedos. Les parecía estar viendo al compositor enfermo, dotado de sobrenatural sensibilidad, sentado ante los amarillentos teclados que habían de convertirse en senderos de su gloria.

Escucharon sin perder palabra cuanto explicó el especialista contratado para el grupo. Su acompañante, se veía con claridad, era también incondicional de Chopin. Hablaba de él con inmenso respeto y proporcionaba tantos pequeños detalles de la vida de aquél con Jorge Sand, que producía la impresión de haber sido testigo del amor de aque-

llos dos seres marcados por el destino.

Abandonaron la Cartuja en silencio, con igual consideración que si dejaran a su espalda el último lugar de reposo de una persona recién fallecida. Y, sin embargo, eran conscientes de que Chopin vivirá eternamente en su música inmortal.

De regreso, el alto efectuado en una fábrica de soplado de vidrio, les permitió conocer el antiquísimo método que en Mallorca se utiliza para realizar hermosas obras de arte en percedero cristal. Anforas, jarrones, vasos, figurillas de animales y otros muchos objetos salían de las manos de aquellos hábiles artesanos como por obra de magia.

Ya cerca de Palma, en una nueva parada, se realizó la visita a la exposición y talleres de madera de olivo esculpido. Allí tuvieron la oportunidad de encontrar verdaderas maravillas, si bien a precios bastante elevados.

En una enorme nave, junto a la exposición, una fábrica de licores típicos mallorquines contaba con sala de degustación gratuita. A pesar del tamaño, el local estaba abarrotado de público. Continuamente llegaban más y más autobuses extranjeros que antes habían encontrado en Valldemosa.

El barullo era imponente. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y en voz alta. Ante los barrilitos de licores, entre los que no faltaban los de hierbas, almendra y palo, menudeaban los empujones. Allí nadie había entrado simplemente a curiosear. Cada cual luchaba por libre tratando de colocar el vasito, cogido a la entrada, bajo la espita del barril de su elección. No existía límite para las pruebas. Podía beberse cuantas veces se quisiera.

Violeta y Genciana habían sido separadas por un aluvión de alemanes que empujaban de firme. En su avance arrollador desde la puerta, habían separado a más de un matrimonio bien avenido hasta aquel momento. Sin proponérselo, actuaban como una inédita fórmula de divorcio, rápida, gratuita, instantánea e indolora.

La fortuita invasión produjo resultados impensados hasta la llegada de los rubios teutones.

Sobre el grupo de los jubilados, formado por personas de avanzada edad y de reconocida animosidad contra las bebidas espirituosas, con ciertas admitidas excepciones, el cargado ambiente, el vocerío y, sobre todo, el olor, el penetrante aroma, actuaron como potentes desinhibidores y, repentinamente, como poseído de sed inextinguible, se lanzó al

ataque.

Únicamente Violeta, sobreponiéndose a la locura colectiva, se limitó a probar un sorbito de licor de almendras. Estaba muy sabroso pero no estaba dispuesta a dejarse vencer por la tentación. Por su parte, Genciana, libre de la vigilante mirada de su gemela, sucumbió miserablemente y, un vasito de esto y un vasito de aquello, bebió más de la cuenta. Era cierto que los vasitos abultaban poco más de dos dedos juntos, pero fueron demasiados dedos.

Llegó la hora de partir y Genciana hubo de ser rescatada a la fuerza. Había sentido tal atracción por el barril de brandy que no deseaba separarse de él nunca más.

El aspecto que presentaba cuando trabajosamente fue izada a bordo del autobús, cuyo pasaje al completo aguardaba hacía más de un cuarto de hora, ni con la mejor voluntad podía ser calificado de irreprochable. La grotesca gorra de béisbol-1.º grado del 4 (ey) que